

Guillermo Rojas Carrasco

La Novela Picaresca
en la Literatura Española

Memoria presentada al Instituto
Pedagógico de la Universidad
de Chile para optar al título
de Profesor del Estado en la
Asignatura de Castellano :: ::



Santiago de Chile
"Soc. Imp. - Lit. Barcelona"
Matucana esq- Romero
—
1919.



La novela picaresca en el siglo XVI

POR

CUILLERMO ROJAS CARRASCO

Memoria de prueba presentada para optar al título de PROFESOR DE CASTELLANO

PRIMERA PARTE

CAPITULO I

Consideraciones sobre el jénero picaresco en jeneral.

—Los pícaros i el por qué de su existencia.—Probable oríjen del término «pícaro».

Entendemos por novela picaresca (1) aquella que tiene por héroes a personajes que figuran en una baja esfera social, hombres sin profesión conocida, que para vivir tienen que recurrir, o por necesidad o por inclinación natural, a su industria, a los ardidés que

(1) Forma especial de la novela de costumbres.

les sujere un cerebro aguzado por el hambre, sin reparar en la corrección o incorrección del acto; hombres que, haciendo caso omiso de las convenciones sociales, tan sólo se preocupan de obtener su comida diaria (sin reparar en los medios). Seres de esta clase han existido i existen en todos los países modernos; nosotros topamos diariamente con ellos, i si ya no tenemos una literatura propiamente picaresca, es porque los gustos i la sociabilidad han cambiado; pero los pícaros siempre existen, sobre todo en las grandes capitales. Se preguntará cómo, si es así, sólo floreció esta literatura en los siglos XVI i XVII, a lo que se puede contestar con unas cuantas consideraciones de carácter histórico.

España que al finalizar el siglo XV vió trocarse las joyas de la magnánima Isabel por un mundo no sospechado, alcanzó en los siglos XVI i XVII el más grande esplendor que jamás nación alguna haya tenido; la riqueza fué enorme, i constantemente llegaban, procedentes del Nuevo Mundo, galeones cuyos vientres iban repletos del metal que ablanda rocas i quebranta voluntades. En Sevilla había dos torres famosas: la de oro i la de plata, i cuentan las crónicas que hubo días en que en interminable desfile pasaban las carretas encargadas de trasladar esos metales desde el muelle a las torres ya dichas. Junto a la puerta de Jerez estaba «la gran casa de la moneda, donde siempre hai montones de oro i de plata como de trigo, i junto a ella el aduana, tarasca de todas las mercaderías i del mundo, con dos bocas, una a la ciudad i otra al río, donde está la torre del oro i el muelle, chupadera de cuanto traen amontonado los

galeones en los tuétanos de sus camarotes». («*El Diablo Cojuelo*», tranco VII).

El ese oro que tampoco trabajo había costado obtener, se derrochaba a manos llenas; los nobles gastaban sin medida, i así nada tiene de extraño que innumerables zánganos de la sociedad se dedicaran a esplotar a todos esos ricos a veces tan poco cuerdos, ora haciéndoles abrir la puerta de su jenerosidad por medio de la adulación, que pocas veces encuentra oídos sordos, ora hurtándoles lo que no podían quitarles buenamente.

Espíritus observadores, comprendieron que del relato de la vida de cualquier pícaro, idealizada un poco, se podía formar una novela que sin duda alguna haría las delicias de los contemporáneos, ya que en ellas se relataban aventuras de personajes que si bien tenían algo de imaginario, tenían también gran parecido con esos seres con que los lectores topaban diariamente. Fué así como nació la novela picaresca que tuvo como padre del jénero, a «*Lazarillo de Tormes*» (1554). Como dato ilustrativo, aprovechamos la ocasión para decir que no deja de ser sorprendente el hecho de que dentro del corto período de diez años (1550-1560), hayan nacido en España tres diferentes jéneros de novelas: la novela pastoral con la «*Diana*» de Jorje de Montemayor (1558?); la novela morisca con la «*Historia del abencerraje Abindarraez i de la bella Jarifa*» (1551), acaso por Antonio Vilegas, i la novela picaresca.

De estos tres jéneros de novelas, fué el picaresco el que triunfó, el que dió realmente brillo a la literatura española: es una forma de novela que puede considerarse particular de España, i su auge se debe a las

circunstancias que ya dejamos anotadas. Sin embargo de este hecho, han querido algunos críticos extranjeros derivar la conclusión de que el gusto de todos los españoles estaba viciado, i a poco más nos dicen que todos fueron pícaros. No hai tal; i por eso extrañamos que aun el prudente Merimée nos diga «que semejante jénero sólo puede existir en una sociedad cuyo estado moral i económico deja algo que desear», porque si bien es cierto que nació este jénero cuando ya se preparaba una gran crisis económica, no podrá decirse que de antemano se palpaban sus resultados de orden moral. Menos fundado aun es creer que toda la sociedad española estaba corrompida; i si así fuera, también lo estaban las sociedades de todas las demás grandes naciones, pues casi todas las novelas picarescas de algún mérito, eran mui pronto traducidas al alemán, inglés, francés e italiano, i si las demás lo estaban, seguramente que la española no habría de resaltar. I para abreviar razones, queremos valernos de las palabras de un escritor más autorizado: «No hai sociedad sin escoria, i el mundo picaresco era la escoria de la sociedad española del siglo de oro, igual en el fondo, aunque naturalmente distinta en algunos accidentes esternos, a la escoria de todas las sociedades en todos los tiempos» (Anjel Salcedo i Ruiz, «Literatura Española»).

Es claro que esta escoria abundaba más en los pueblos grandes, i sobre todo en la Corte, adonde acudían los pícaros al olor de las riquezas, i de ahí que con toda exactitud pueda decirse «que en la Corte hai siempre el más necio, i el más sabio, más rico i más pobre, i los extremos de todas las cosas, que disimula los malos i esconde los buenos, i que en ella

hai unos jéneros de jentes que no se les conoce raíz ni mueble», etc. (Quevedo, «El Buscón», libro I, cap. XIII). Cundió tanto este jénero de jente, que hasta se hizo necesario dictar ordenanzas especiales, i en algunos pueblos como Zamora, Toledo, Salamanca, etc., no podía haber sino un determinado número de pícaros o ganapanes reconocidos, los cuales debían usar distintivos especiales, como ser caperuzas de diversos colores. Por supuesto se da que no son estos ganapanes los héroes de las novelas que estudiaremos, porque nadie podía confiarse de un pícaro oficialmente reconocido i no podría así éste hacer de las suyas: esos ganapanes servían por lo jeneral de mozos mandaderos. Como veremos en el curso de este trabajo, son otros los protagonistas cuyas hazañas se cuentan: son pícaros a la alta escuela, que empiezan por ganarse la confianza de todo el mundo para poder después engañar a todos.

Dicho esto sobre los pícaros i el jénero picaresco, quedamos por decir algo respecto a la misma palabra *pícaro*. Es estraño que aunque los pícaros existieran ya desde mucho tiempo atrás, la palabra misma no se registró en los diccionarios sino en una época relativamente tardía; ni en el mismo «Lazarillo» se menciona este término, i para encontrarlo por primera vez tenemos que recurrir al Vocabulario de Jacques de Liaño (1565), quien traduce la palabra francesa *bé-litre* por *pícaro*. Es en el «Guzmán de Alfarache» (1599) donde ya aparece la palabra i se la usa definitivamente. Por la mención de Liaño, i también por la de Lope de Rueda en uno de sus pasos («El rufián cobarde») sabemos que «por aquellos años con el nombre de pícaro se designaba a los que en la escala social ocupa-

ban un puesto mui distante del de los cortesanos, i, este nombre no tenía nada de honorífico» (F. de Haan).

Sobre el orijen de esta palabra, ha habido varias teorías; pero aún no puede decirse a ciencia cierta cuál sea su verdadera etimología, por lo que nos contentaremos con mencionar dos que reúnen mayores probabilidades. Derivan algunos este término de *Picardía*, porque gran número de franceses iban en aquel entonces en romería a los lugares santos de España, i vivían jeneralmente de la limosna con una vida análoga a la de los que después habrían de llamarse pícaros, i por esto no sería de estrañar que de Picardía se hubiera derivado «pícaro»; pero hai que abandonar luego esta hipótesis si se tiene en cuenta que a esos peregrinos se les conoció con el nombre de «picardos».

Otra teoría más segura, o por lo menos, más difícil de refutar, es la que atribuye a pícaro un orijen árabe: sabido es que entre los moros, al revés de lo que pasaba entre los cristianos, todos tenían su profesión, por humilde que ésta fuese, i así, fué entre ellos donde se conocieron primero los «ganapanes», que se ganaban la vida llevando bultos de una a otra parte; i este nombre de ganapán llegó a ser término despectivo entre los españoles. Ahora bien, se sabe que por pragmática de 12 de Febrero de 1502, se mandó salir de los Reinos de Castilla i de León a todos los moros mayores de catorce años, i es mui probable que los niños menores que quedaron, trataran de ganarse la vida como esportilleros ya que sus fuerzas no alcanzaban para más, i para anunciarse usarían alguna exclamación especial que pudo ser *f*, *k*, *r* raíz árabe que significa «ser pobre», i de la cual, con-

tra toda lei filológica, i debido sólo a la *vox-populi*, que convirtió esa *f*, en *p* (como lo ha hecho en muchos otros casos) pudo nacer *pícaro*. Así, al menos, lo siente Haan en su estudio sobre «Pícaros i ganapanes», incluido en «Estudios de erudición española, Homenaje a *Menéndez i Pelayo*», Madrid 1898.



CAPITULO II

«La Celestina» considerada como obra precursora de la novela picaresca

SU ARGUMENTO.—CRÍTICA: a) *En cuanto a su moralidad*; b) *En cuanto a obra literaria*.

ALGO SOBRE SU AUTOR:

Con el título de «La Comedia de Calisto i Melibea», apareció en Burgos al finalizar el siglo XV una obra que había de ser un timbre de orgullo para la literatura española, tanto por la esposición de su asunto cuanto por su lenguaje, que no es ya aquel indeciso de las obras anteriores en que se revela que aún no había alcanzado a pasar los límites de la infancia, sino un lenguaje robusto, viril, ya formado, que se atreve a todo, que también puede pintar dulces escenas de amor como describir otras en que luchan las más viles de las pasiones humanas.

Para comprender las razones que tenemos para incluir la obra de Fernando de Rojas en un estudio sobre la novela picaresca a pesar de ser una obra dramática, como después veremos, debemos hacer algunas consideraciones sobre su argumento.

Calisto, joven de ilustre alcurnia, siguiendo un halcón, penetra al huerto de la casa de Pleberio, donde por su buena o mala estrella se encuentra con la única hija de éste, Melibea, de quien se siente súbitamente enamorado. Despedido por ésta con no muy buenas palabras, i comprendiendo que no habrá para él tranquilidad hasta alcanzar el amor de la doncella, llama en su ayuda, por consejo de su criado Sempronio, a Celestina, «vieja barbuda», lince «en cuantas maldades hai», i por cuya autoridad «pasan de cinco mil los virgos que se han hecho i deshecho».

Sempronio que se encuentra en relaciones con Celestina, pues tiene en su casa una querida, ve en los amores de su amo fuente de donde sacar pingüe utilidad; pero Pármeneo, otro de los criados de Calisto, al ver en manos de quien va a caer su amo, le pinta muy a lo vivo, quién es la tal vieja; pero el enamorado manco se hace sordo a todo i recibe a Celestina como a su libertadora, i, con la gran desesperación de Pármeneo, le da como anticipo por su trabajo cien monedas. La vieja alcahueta trata de conquistarse a Pármeneo por medio de ofrecimientos de toda clase, sin faltar una concubina, i éste después de luchar con su natural honradez, ofrece a Celestina ayudarla en todo.

Celestina, por medio de embustes i engaños, logra acercarse a Melibea, pero viéndose en apurado trance sale donosamente del paso diciendo que tan sólo iba en busca de «una oración que le dijeron que te-

nía de Santa Apolonia para el dolor de muelas» de que Calisto era víctima. Sigue un desfile de escenas (en que puede apreciarse la viveza de la pintura), en que hai engaños, intrigas, abusos de los mozos para con su amo, hasta que por fin Celestina trae a Calisto el tan deseado *sí* de parte de Melibea. En su entusiasmo, Calisto regala a la vieja una rica cadena de oro, que es causa de tres muertes, pues, no queriendo la avara vieja partir utilidades con Sempronio i Pármeno, como se había convenido, éstos la cosen a puñaladas, por lo cual mueren después a manos de la justicia.

Calisto, a quien la fiebre amorosa escaso tiempo le deja para preocuparse de criados muertos, se dirige la siguiente noche a casa de Melibea, i salvando las paredes del huerto, sacia sus deseos sin otra manifestación de contrariedad por parte de Melibea que sus ya tardías lamentaciones. Gózanse los dos amantes por espacio de más o menos un mes, al finalizar él cual las concubinas de Sempronio i Pármeno, deciden vengar la muerte de sus queridos en los dos amantes, causantes de todo el mal ocurrido. En efecto, tiéndenle una celada, víctima de la cual perece Calisto, despeñado de lo alto de una escala. Melibea, sabedora de ésto, decide seguirlo i tratándole de imitar hasta en su muerte, se arroja desde lo alto de una terraza, no sin antes haber confesado su falta a su padre, que se lamenta de haber quedado solo «*in hac lacrimorum valle*».

Como puede verse por esta rápida exposición de su argumento, es ésta una obra realista: no parece al leerla sino que tuviéramos los personajes ante nosotros.

Cierto es que la obra es tal vez demasiado cruda; pero no por eso deja de ser vivo espejo de las costumbres de su época por cierto que espejo de los vicios de que era víctima la sociedad, así como las obras de caballería lo son de las virtudes de esa misma sociedad.

Por otra parte, los críticos no están de acuerdo en cuanto a la moralidad de la obra; i mientras que unos la tachan de licenciosa, otros creen que su pensamiento no puede ser más moral, por cuanto no hace sino mostrar las funestas consecuencias que los vicios acarrearán al hombre.

Sea como fuere, la comedia en sí, es una obra maestra, i los cuadros tan majistralmente descritos, no se borran tan fácilmente de la memoria. Es pues, por la viveza con que pinta la vida de la baja sociedad, i por la manera en que pone de relieve los abusos de unos contra otros, i los engaños de que los mozos (verdaderos aprovechadores de la oportunidad) hacen víctimas a sus amos, por lo que hemos considerado esta obra como precursora de las novelas picarescas, i a Celestina, su figura de mayor relieve, como la Eva de todos los pícaros i pícaras que habían de sucederle.

Así como no están de acuerdo los críticos en lo que se refiere a la moralidad de la obra, también ha habido diferencia de opiniones en cuanto al lugar que de-

be ocupar dentro de los diversos jéneros literarios; i mientras que algunos no la han creído sino una novela dialogada, otros la tienen por obra dramática no representable. Es esta última opinión la que hoi prevalece, i no sin fundamento, porque en la novela lo principal es la *narración* i en el drama la *acción*; ahora bien, en «La Celestina» no hai narración, todo es acción, i por lo tanto queda establecido que es una obra dramática. Se objetará a esto, que cómo, siendo obra dramática, no se ha representado; pero esta objeción quedará deshecha si tenemos en consideración que en aquellos tiempos no todas las obras dramáticas eran llevadas a las tablas: muchas se escribían con el solo objeto de ser leídas en reuniones; i a esa categoría pertenecería «La Celestina», que no es representable por dos poderosas razones: 1.º por su larga extensión; i 2.º por la crudeza de sus escenas, crudeza que hace que ni entonces, ni hoi, fuera tolerada su representación por ningún público. Es precisamente esta demasiada desnudez de la obra lo que hizo decir al glorioso manco: «Libro en mi opinión diví, si encubriera más lo humá».

Por lo demás se ha criticado al lenguaje de la obra la falta de propiedad, porque a cada momento vemos que mozos i prostitutas se engolfan en lucubraciones históricas i filosóficas, i citan autores i más autores, pensamientos en latín, etc. I esto aún en los momentos de mayor peligro.

El éxito de la «Celestina» fué enorme e inmedia-

to, i cómo prueba de ello puede citarse el hecho de que mui pronto fué traducida no sólo a las demás lenguas vivas, sino también al latín. Su éxito se explica si tenemos en cuenta, como ya hemos dicho antes, su realismo: sus personajes no son creaciones de un escritor de más o menos vigorosa fantasía: son seres de la vida real, del medio ambiente, trasladados al papel con insuperable maestría.

Por eso, si bien es cierto que consideramos a «Celestina como la sucesora de la Trotaconventos del Arcipreste, no creemos que Rojas haya tomado como modelo a ésta para crear aquélla.

I para hacer una vez más hincapié en el elemento picaresco de la obra, fijémonos en que el amor quinta-esenciado de Calisto es fuente de vil codicia para Celestina i su cohorte; por una parte tenemos un idealismo exaltado, i por la otra un materialismo, un prosaismo repugnante. Esta mezcla promiscua de lo bueno i de lo malo, es precisamente lo que contribuye a dar mayor realce de verdad a la obra, porque la vida es eso: una mezcla de todo.

Réstanos aún decir algo sobre la personalidad de su autor. Apareció la obra por primera vez en la ciudad de Burgos el año 1499, con el título de «Comedia de Melibea», en 16 actos i sin nombre de autor.

En 1501 aparecía una segunda edición en que podía sacarse por un acróstico el nombre i patria

del autor; en efecto, juntando las primeras letras de cada verso puede leerse lo siguiente: «El bachiller Fernando de Rojas acabó la Comedia de Calisto i Melibea i fué nacido en la puebla de Montalván. Además, declara el autor que encontró escrito el primer acto i que él le agregó los restantes aprovechando unos días de vacaciones, «hurtando algunos ratos a mi principal estudio».

En 1502 aparecía una nueva edición en que se cambiaba el título de Comedia por el de «Trajicomedia», atendiendo a la lucha constante entre los dos extremos, i en que se había interpolado además otros cinco actos con los que se completaban veintiuno.

Aquí podemos decir que si hoy la obra se conoce solo por el nombre de «La Celestina», es por cuanto es este personaje el que más se destaca, el que queda grabado más imperecederamente en la memoria.

En esa edición el autor supone que el primer acto es obra de Juan de Mena o de Rodrigo de Cota, pero el estilo de la obra es muy libre para que pueda atribuirse a Mena i más probable sería atribuir ese acto al autor del «Diálogo entre el amor i un viejo». De todas maneras, se ha dicho, Rojas habría rehecho ese acto ya que entre él i los restantes hai igualdad de estilo.

Todo esto hizo que algunos críticos, quizá demasiado exigentes, llegaran a dudar aún de la misma personalidad de Rojas i a creer que tal nombre no era sino un velo bajo el cual se ocultaba el verdadero autor. Afortunadamente, Don Manuel Serrano i Sanz descubrió (1902) un proceso en el cual un tal Alvaro de Montalván, declara tener

una hija casada con el bachiller Rojas (que compuso a Melibea), i gracias a este feliz hallazgo, Fernando de Rojas, goza hoi de la gloria que por fuerza había de darle tan notable obra.



CAPITULO III.

La primera novela picaresca. El «Lazarillo de Tormes».—Disposición i asunto de la obra.—(Conjeturas sobre su autor anónimo).

CRÍTICA EN CUANTO OBRA LITERARIA.—SUS TENDENCIAS.—ALGO SOBRE DOS SEGUNDAS PARTES DE DIFERENTES AUTORES.

Admírase uno a veces del éxito que alcanzan obras que no hacen otra cosa que narrar de un modo sencillo lo que diariamente acontece, i antes de verlas publicadas difícilmente habríamos creído que tales asuntos pudieran despertar interés. Prueba de lo que decimos es la primera novela picaresca, en el orden del tiempo, que con el título de *«Lazarillo de Tormes i de sus fortunas i adversidades»* apareció sin nombre de autor, en 1554, en Burgos; i simultáneamente en Alcalá i también en Amberes, lugar en que volvía a aparecer al año siguiente con segunda parte de otro autor también desconocido.

Este cuento largo o novela corta, a la que con justicia se ha considerado como una obra maestra, no costa sino de siete «tratados» o capítulos en los cuales el protagonista nos cuenta su vida i aventuras desde su nacimiento en una aceña del río Tormes hasta quedar establecido como pregonero en Toledo.

Como se desprende de lo dicho más arriba, la forma de la obra es autobiográfica: el mismo protagonista nos cuenta con sencillez e injenuidad sus aventuras. I cabe aquí hacer una reflexión: hoi día son escasos los escritores que usan un estilo sencillo, pues creen que eso hará la obra poco interesante; pero en prueba de que tal creencia es un error, podemos decir que pocas obras se leen con más interés i deleite que el «Lazarillo». Cuando el asunto mismo es interesante, poco importa que el lenguaje no vaya adornado de galas que no le son necesarias.

En el primer tratado, Lazarillo nos cuenta «cuyo hijo fué», i las divertidas aventuras que pasó sirviendo a un ciego, a cuyo servicio hubo de entrar después de muerto su padre, pues, a pesar de que su madre se daba trazas para salir de pobrezas, aún a costa de la debida fidelidad a la memoria de su marido, la situación llegó a hacerse por demás apremiante. Es en el servicio de este ciego en el que Lázaro más sufre, pero también es de él de quien más aprende sobre i para la vida, porque el ciego era de opinión que «el mozo del ciego un punto ha de saber más que el diablo».

Huido del servicio del ciego, no sin antes haber tomado cruel venganza de él por los malos tratos

recibidos, da Lazarillo con sus meritorios huesos en Maqueda, donde entra al servicio de un clérigo, lo que fué lo mismo que haber escapado del trueno para dar en el relámpago, según palabras del simpático truhán, pues «toda la lacería del mundo estaba encerrada en éste».

(Las aventuras con este clérigo forman el asunto del tratado segundo). Obligado Lázaro a robar al avaro sacerdote para poder aplacar el hambre, es por fin descubierto i despedido. En el tratado tercero narra Lázaro lo que le aconteció durante su permanencia al servicio de un bizarro escudero en Toledo, quien no sólo no lo alimenta sino que vive de lo que Lázaro mendiga, todo lo cual no impide, sin embargo, que sea mui quisquilloso en lo que se refería a su honor. Abandonado Lázaro por su amo, que huye por escapar al cobro del alquiler de la casa, entra a servir a un fraile de la Merced, de quien recibe el primer par de zapatos; pero cuyo servicio pronto abandona por «cosillas» que calla.

En el tratado quinto, que es uno de los más divertidos, cuenta Lázaro las aventuras que pasa, o mejor dicho, lo que observa, mientras sirve a un bulero, «el más desenvuelto i desvergonzado», quien para vender las bulas se vale de los más ingeniosos medios, provocando a los creyentes a la superstición, por medio de supercherías. Retirado del servicio del bulero, sirve Lázaro por espacio de cuatro años a un capellán quien lo ocupa en la venta de agua bendita, negocio que le deja pingüe utilidad; pero una vez que se ve en alguna holgura, abandona el oficio i sienta plaza con un alguacil, al que también deja luego por librarse de peligros.

Por fin desea Lázaro obtener lo que desea, cual es un oficio real, porque está convencido «que no hai nadie que medre sino los que le tienen», i así logra llegar a ser pregonero en la misma ciudad de Toledo. Es en este oficio en el que Lázaro descansa de sus pasadas malaventuras i rodeado de amigos, i socorrido por señoras, pasa la regalada vida. No faltó entre sus protectores un arcipreste, quien llega a estimar tanto al buen Lázaro que lo hace casarse con una de sus criadas, la cual, según decían las malas lenguas, había dado tres retoños al arcipreste; pero a pesar de esto, i de que su mujer continuaba visitando a su caritativo casamentero, Lázaro se considera en su prosperidad i «en la cumbre de toda buena fortuna», palabras con que termina la obra.

El éxito del «Lazarillo» fué tal, que el mismo nombre de su héroe ha quedado en la lengua española como apelativo para designar a los que guían ciegos. Que la popularidad de esta obra traspasó mui pronto los límites de España, podemos probarlo recurriendo a los autores extranjeros algo posteriores; i si nó, bástenos decir que el más grande de los dramaturgos, Shakespeare, alude a la venganza que Lazarillo tomó del ciego cuando en su comedia «Much ado about nothing», «Benedick» dice a Claudio:

«Ho! now you strike like the blind man; twas the boy that stole your meat and you'll beat the, post». (Acto II, escena I), lo que traducido sería: Oh! ahora vos dais palo como el ciego; fué el muchacho quien os robó la comida (la carne, literalmente), i vos pegaréis contra el poste.

Como hemos dicho, el estilo de la obra es sencillo, el protagonista habla con toda naturalidad, como conviene a su baja esfera social; es ésta, pues una de las pocas obras que se encuentran libres de la pedante i minuciosa erudición, tan corriente en aquellos tiempos, i en la que no se libraron de caer los mejores ingenios que encontraban donairoso i elegante lucir sus conocimientos aun a trueque de sacrificar la debida propiedad en el lenguaje de sus personajes. Pero el que el estilo de la obra sea sencillo no significa que carezca de natural elegancia i de encantadora fluidez; mui al contrario, es una narración llena de viveza, salpicada de dichos i pensamientos ingeniosos. Si algo hubiéramos de criticar a «Lazarillo», no sería, por nuestra parte, otra cosa que su corta extensión, lo que nos priva del placer de disfrutar por más tiempo que escasas horas de su amena lectura.

Tanto en cuanto a obra literaria. I ahora tócanos decir algo respecto de su tendencia religiosa: es ésta marcadamente anticlerical, pues si bien es cierto que Lázaro lanza sus pullas contra toda la sociedad en jeneral, contra nadie lo hace con más frecuencia i con más ensañamiento que contra los hombres de iglesia, i si nó, bástenos mencionar el hecho que de los amos que Lázaro tuvo, cuatro (sin

contar el arcipreste) pertenecen a la casta sacerdotal i ninguno de ellos aparece como ejemplo de virtud o continencia.

En cuanto a lo que al autor de esta obra se refiere, no se ha dicho aún la última palabra. Se ha dado el nombre de diversos escritores de la época como probables autores; pero de todos ellos, el que reúne más probabilidades de serlo, es don Diego Hurtado de Mendoza (1503-1575), señor de alta alcurnia que ocupa tan alto puesto en la política como en las letras, quien habría escrito esta obra en su mocedad, tal vez por el año 1525, que fué el año en que el emperador entró a Toledo, hecho que se menciona al finalizar la novela. Como Hurtado de Mendoza no la publicó sino muchos años después, cuando ya había llegado a ocupar una elevada posición en la diplomacia, se explica que no haya querido vincular su nombre a obra en que se ridiculizaba a la sociedad, más aún si tomamos en cuenta que los más agudos dardos van en contra de la clerecía i que él desempeñaba en ese tiempo una comisión ante el Vaticano. Estas son las principales razones que hacen valer los sostenedores de esta hipótesis; pero no son pocos los que han dudado que el serio autor de la *«Historia de la guerra contra los moriscos del reino de Granada»* lo sea también del divertido *«Lazarillo»*.

Otra teoría sobre el supuesto autor de esta obra, que merece ser conocida, tanto porque es moderna

cuanto porque es sostenida por el erudito e infatigable bibliógrafo español don Julio Cejador i Frauca, es la que atribuye su paternidad a *Sebastián de Horozco i Covarrubias*, padre del autor del primer léxico de la lengua española que con el nombre de «Tesoro de la lengua castellana» apareció en 1611.

Las razones en que Cejador funda su conclusión, resumidas, son las siguientes: en 1874 Antonio Martín Gamero publicó el «Cancionero de Horozco i del estudio de éste i de su comparación con el Lazarillo» puede comprobarse que en el mencionado cancionero se tratan muchos asuntos, que también se encuentran en el «Lazarillo», por cierto que más desarrollados, v. gr. la venganza de Lazarillo con el ciego, las mozas que van a almorzar a orillas del Tajo sin llevar qué, el fraile mercedario, etc. Además, tanto en el cancionero de Horozco como en el «Lazarillo», se nota la misma tendencia a ridiculizar i poner de relieve los vicios de la clerecía; i, finalmente, en ambas obras pueden observarse unos mismos jiros raros, alusiones i palabras, que no son comunes a otros autores, (aunque esto último podría tal vez considerarse como algo «nimís probans»). I si nos preguntamos por qué Horozco se habría negado a estampar su nombre al frente de tan notable obra, tendremos que creer con Cejador, que no lo hizo por cuanto él mismo estaba relacionado con obispos i otras autoridades eclesiásticas.

Como se ve, las opiniones difieren i ninguna puede hacer valer en su favor una prueba directa, convincente. Nosotros no hacemos sino dejar cons-

tancia de estas hipótesis sin decidirnos por ninguna de ellas i pasamos a tratar de las continuaciones que tuvo esta novela.

Ya hemos dicho que al año siguiente a su primera aparición, o sea en 1555, se dió a luz en Amberes una segunda edición, impresa por el mismo editor de la 1.^a, i en la cual ya se agregaba una segunda parte, de autor también anónimo. Pero, a pesar de esta coincidencia, basta llegar al fin del segundo capítulo para comprender que ambas partes no pueden ser fruto de una misma pluma, pues, desde aquí, ya empiezan las extravagancias, como luego veremos.

Consta esta segunda parte de 18 capítulos, el primero de los cuales empieza con las mismas palabras con que termina la primera parte; i, con un estilo en que imita mui bien el de ella, cuenta la vida que Lázaro pasaba con sus amigos, entre los cuales se notaban unos tudescos. En el capítulo segundo se narra la partida de nuestro héroe a la guerra de Arjel, i hasta llegar al naufragio del buque, sigue con más o menos discreción a su modelo; pero de ahí para adelante ya el estilo comienza a cambiar, i las graciosas i reales aventuras de Lázaro son reemplazadas por otras por demás extravagantes, con lo que cede su lugar el perfecto bosquejo de los caracteres, a la superchería. Desde aquí hasta principios del capítulo 17 se cuentan las aventuras que Lázaro, convertido en atún, pasa en el fon-

do del mar, donde, después de haber salido vencedor del intrigante don Páver, i debido a sus merecimientos, se separa de su noble amigo el capitán Licio para pasar a ser el privado i confidente del rei de los atunes, quien lo casa con la hermosa Luna, hermana de Licio. En esto del matrimonio de Lázaro atún, el autor de esta segunda parte no se muestra con nuestro amigo más benigno que el de la primera; pues si éste lo casa con la concubina de un arcipreste, aquél lo casa con una bella atuna, cuyas primicias fueron del rei. En todas estas aventuras submarinas, bien se puede notar que no se trata tal vez sino de alusiones; pero como ignoramos los hechos a que éstas se refieren, no podemos tomar el gusto a tan disparatada metamorfosis. Para consolararnos del crimen de lesa literatura que el autor cometió, nos vuelve Lázaro a su vida de hombre para hacerlo disputar estúpidas tesis con el Rector de la Universidad de Salamanca.

Aquí termina esta segunda parte, no sin antes prometer que «lo demás con el tiempo lo sabrá vuestra merced», lo que parece anunciar una tercera parte que si había de ser tan poco discreta como la segunda debemos alegrarnos de que no haya visto la luz pública.

Suscrita por *H. de Luna*, «intérprete de la lengua española», apareció en París en 1620 otra segunda parte del Lazarillo de Tormes «sacada de las crónicas antiguas de Toledo». Casi con seguridad puede decirse que este H. de Luna es Juan Luna, profesor de castellano en París por aquel tiempo.

Dice el autor que escribió su segunda parte con

ocasión de haber llegado a sus manos la otra segunda parte de que ya hemos hablado i que él, con razón, considera como «un sueño necio o una necedad soñada».

Consta la segunda parte de Luna de 16 capítulos, en los 6 primeros de los cuales se narra la exhibición que de Lázaro hicieron dos astutos pescadores, haciéndolo pasar como pez con cabeza de hombre. A decir verdad, estos capítulos no los consideramos gran cosa i tienen mui poco más mérito que la otra segunda parte. En cambio, desde el capítulo sétimo la cosa cambia i volvemos a reconocer a nuestro simpático amigo que nos cuenta aventuras dignas de figurar en la primera parte, tales como la manera en que pleiteó contra el arcipreste que tan galantemente le había obsequiado con un par de hermosos cuernos, pleito que por más que él tenía la razón, por carecer de dinero suficiente para untar la mano de los hombres de justicia, le valió el destierro de Toledo, por lo que tuvo que pasar de la buena vida a ser un ganapán. Es en esta parte donde Lázaro canta un hosanna a la vida picaresca, que bien merece mencionarse: «La vida picaresca es vida, que las otras no merecen este nombre; si los ricos la gustasen, dejarían por ella sus haciendas, como hacían los antiguos filósofos, que por alcanzarla dejaban lo que poseían; digo por alcanzarla porque la vida filósofa i picaral es una mesma». (Luna, segunda parte del Laz., cap. VIII).

Sigue Lázaro contándonos las aventuras que pasa con una vieja celestinaria, cómo sirvió de escudero a siete mujeres a la vez, i por fin, cómo habiéndose hecho ermitaño por conveniencia, tuvo que aban-

donar su ermita para refugiarse en una iglesia, después que la concubina del primer ermitaño le jugó una mala broma.

El estilo de Luna se acerca mucho a su modelo, i no carece de viveza i colorido, la misma trama de la obra no carece de ingenio. En cuanto a sus tendencias, es también anticlerical, i más todavía que la primera, pues ataca directamente a la Inquisición, cosa que Luna pudo hacer con toda libertad por encontrarse fuera de su alcance.



CAPITULO IV.

La obra de Mateo Alemán, «Guzmán de Alfarache».

- a) *Primera parte.*—b) *Segunda parte.*—c) *Crítica en cuanto a su moralidad i en cuanto obra literaria.*—
d) *Su falsa segunda parte i su autor.*

MATEO ALEMÁN, natural de Sevilla, nacido quizás en 1547 i muerto después de 1609, es el autor de la única feliz imitación que tuvo el «Lazarillo» en el siglo XVI, i por tanto, su obra conjuntamente con aquélla, son las dos que dieron vida al jénero picaresco en esa centuria. No es por tanto necesario insistir sobre el hecho de, que ambas serían obras notables, digamos maestras, pues, ello se desprende por sí solo al considerar que si dos obras únicamente lograban hacer famoso un jénero literario no sería por la cantidad sino por la calidad de ellas.

Salió a luz la primera parte de la «Vida i hechos del pícaro Guzmán de Alfarache o atalaya de la vi-

da humana» en el año 1599, en Madrid. Consta esta primera parte de un total de 28 capítulos divididos en tres libros en algunas ediciones, i en cuatro en otras. En el trascurso de ella, Guzmán, fruto de los amores ilícitos de un prestamista italiano i de la concubina de un viejo rico, nos cuenta, como Lazarillo, sus aventuras, es decir, la forma de la obra es también autobiográfica. Podemos desde luego anticipar que las aventuras de Guzmán son más complicadas que las de Lazarillo: al paso que las picardías de Lazarillo pueden muchas veces considerarse como travesuras de muchacho que se veía obligado a hurtar aguijado por la necesidad, en las aventuras que con tanta desenvoltura nos narra Guzmán, ya reconocemos claramente al ladrón consumado, a un infeliz degenerado que siente placer en robar, aún sin tener necesidad de ello, por sólo satisfacer su inclinación natural. I si nó, ahí están sus aventuras, que recorreremos lijera-mente para darnos una idea de la clase de pieza que era Guzmán.

Muerto su padre i por huir de la pobreza, Guzmán decide correr tierras; i en efecto, sale de Sevilla un viernes por la tarde. En su camino a Cazalla es dos veces víctima de venteros, i equivocadamente se le cree autor de un robo: con esto se ve Guzmán ladrón en profecía.

El último capítulo del libro I, lo ocupa la narración de los amores de los moros Daraja i Osmín, narración que hace uno de los clérigos en cuya compañía iba Guzmán i que es por sí sola una novela corta intercalada, como las hai en el «Quijote», i sobre las cuales volveremos a hablar.

Salido de Cazalla, quédase, en una venta del camino, como servidor; i en esta venta se pone al corriente de todas las picardías de que los venteros hacen víctimas a sus parroquianos. Como sus deseos son conocer tierras, pronto se aburre i se va a Madrid, donde sienta plaza de pícaro, sirviendo de mozo de cordel i gozando «de la florida libertad, loada de sabios, deseada de muchos, cantada i discantada de poetas, para cuya estimación todo el oro i riquezas de la tierra es poco precio». (Libro II, Cap. V).

Como mozo de cordel Guzmán se hace conocido de un cocinero de casa grande, que lo toma como su ayudante; pero pronto, debido a sus hurtos i picardías, es despedido con los honores correspondientes. Guzmán vuelve entonces a hacer vida de pícaro; i en cierta ocasión en que lleva un talego con 2,500 reales, aprovechándose de que el dueño marcha adelante, huye con el dinero i va a dar con su ilustre persona a Toledo, donde viste tan elegante que se cree con derecho a hacer vida de tenorio. Pero Cupido no favorece a nuestro don Guzmán, quien, viéndose burlado de algunas mujeres que le sacan el dinero, se va desilusionado a Málaga, i luego a Almagro, donde sienta plaza de soldado en una compañía próxima a partir a Italia. Por su largueza en el gastar, Guzmán se granjea la amistad del capitán i oficiales; pero luego el dinero se acaba i de amigo se ve obligado a pasar a ser el sirviente del capitán. Así como Lazarillo daba de comer al escudero de lo que él podía mendigar, así, Guzmán tiene que robar i echar mano de todas sus astucias para que no venga a menos la presentación de su

capitán. Pero no le valen sus buenos servicios, i llegado a Jénova es despedido de la compañía, i Guzmán tiene que volver a su vida miserable, i concluye por ser víctima de una burla cruel de parte de los que él creía parientes de su padre, el italiano. Viviendo de la mendicidad, se va a Roma donde llega a conocer los estatutos («ordenanzas mendicativas») de los mendigos de profesión cuya vida de astucias nos describe por estenso.

Hace Guzmán un viaje a Florencia; pero luego vuelve a Roma donde vive de la limosna despertando la compasión con llagas finjidas: un cardenal, engañado, se duele de él, lo lleva a su palacio i encarga de su curación a dos médicos, que aunque descubren el ardid no lo denuncian por no perder la oportunidad de echarse al bolsillo unos cuantos reales. Una vez en pie, el supuesto enfermo queda como paje del cardenal a quien hace algunos robos de conservas que aquél induljentemente perdona; aún más, el mismo cardenal le obsequia para que no tenga necesidad de robar; pero Guzmán no quiere volver al camino del bien i concluye por ser expulsado de esa casa donde tan bien se le había tratado. Entra después Guzmán a servir al Embajador de Francia, en cuya casa sigue con sus burlas, i donde oye contar a un jentil hombre napolitano la historia de los trájicos amores de Clorinio i Dorida, historia con la cual termina bruscamente la primera parte de la obra, no sin antes convidar para la segunda si la primera fué de nuestro agrado.

La segunda parte de esta obra no apareció sino en 1604 en Sevilla. Ya en 1602 había aparecido una segunda parte apócrifa, con el nombre de Mateo

Luján de Sayavedra: de esta falsa segunda parte hablaremos después, i siguiendo nuestro plan haremos una breve esposición de la segunda parte auténtica, que costa de veintiséis capítulos.

En casa del Embajador, Guzmán es más que criado; es al mismo tiempo que el hombre gracioso, el alcahuete i depositario de los secretos de su amo a quien sirve de mensajero en todos sus asuntos amorosos, que no son pocos. Es así como en cierta ocasión, tratando de traer una matrona romana al amor del embajador, sufre un chasco; i para colmo, días después conversando con la criada de la señora por el trascorral, de repente, un cerdo que huye pasa bajo sus piernas entreabiertas, i en esa ridícula posición lo arrastra hasta arrojarle en un lodazal de donde sale hecho una sopa i oliendo no mui bien, por lo cual el populacho lo hace objeto de sus burlas. Esta cómica aventura tiene importancia en la vida de Guzmán, pues habiéndose hecha pública, lo mismo que el orijen de ella, para librarse de burlas, decide, por consejo de un amigo español, recorrer Italia. Se dirige primeramente a Siena, i habiendo mandado antes los baúles a casa de un amigo, se encuentra a su llegada con la nueva que su falso amigo Sayavedra, que no es sino un ladrón disfrazado, le ha hurtado todo el fruto de sus cuatro años de trabajo con el embajador, dejándolo únicamente con lo puesto. En esta precaria situación, Guzmán decide pasar a Florencia, i habiendo encontrado en el camino a Sayavedra, lo perdona i lo toma a su servicio. De Florencia pasa a Bolonia, donde por haber denunciado a un noble, jefe de una

banda de ladrones, en vez de recibir justicia, tiene que purgar su atrevimiento en una prisión. Salido de ésta, juega, gana, i por recelo vase a Milán, donde Guzmán en complicidad con Sayavedra i un amigo de éste, empleado de un comerciante, i poniendo en práctica un hábil plan, hacen víctima a dicho comerciante de un robo por tres mil escudos de oro i dos mil reales de plata, después de lo cual deciden pasar a Jénova, no sin haber antes tomado nuestro héroe su verdadero nombre, Juan de Guzmán, quedando Sayavedra con el que Guzmán hasta entonces había llevado.

Llega a Jénova con mucha pompa i por esto es recibido de mui diferente manera que la primera vez: encuentra a sus parientes, entre los cuales reconoce al que de él se había burlado, i, ardiendo en ira decide vengarse, por lo cual finje aceptar un matrimonio que le ofrece su tío, recibe valiosos regalos la víspera de éste, gana fraudulentamente mucho dinero en el juego, engaña a un pariente con una cadena falsa i después de todo esto, huye a España en las galeras, de cuyo capitán se había hecho mui amigo. En el viaje Sayavedra (Juan Martí) se arroja al mar, de lo que Guzmán no puede sino alegrarse, pues que esto le asegura su silencio. Durante el viaje se cuenta la historia de Dorotea. Llegado Guzmán a Zaragoza, se burla de él una moza, le dan a conocer en esta ciudad el «curioso arancel de las necesidades». Se va luego a Madrid donde compra casa, vive con boato i se casa con la hija de un rico mercader, llega él mismo a ser mercader; pero luego, a causa de lo mucho que gasta la mujer, concluyen crédito, dineros i con ellos el amor.

Después de seis años de matrimonio, su mujer muere, i habiendo devuelto la dote, Guzmán queda en la pobreza, lo que le obliga a vender su casa; con ese dinero se va a estudiar a Alcalá de Henares donde, estando ya para ordenarse, se casa en segundas nupcias con la hermosa hija de un mesonero. Muerto el suegro, Guzmán empieza nuevamente a sentirse hostigado por la pobreza, i para salvar la situación no pone obstáculo a que su mujer sea visitada; se van a Madrid, i allí Gracia es ya toda una prostituta que gana para vivir con lujo ella i su marido; es aquí donde vemos a Guzmán desempeñando el más infame papel que pueda darse, porque si le perdonamos sus robos i estafas, no podemos leer estas páginas sin un jesto de repugnancia. Obligados a abandonar a Madrid, esos dignos consortes llegan a Sevilla, donde pronto Guzmán es abandonado por su mujer que huye con un capitán de galeras llevándole lo poco que le quedaba, razón por la cual Guzmán para librarse de la miseria no encuentra otro remedio sino acudir a su antigua profesión de ladrón; pero cuando cree haber realizado un excelente negocio apoderándose de los bienes de una dama a quien se los administra, es descubierto i condenado a galeras perpetuas; pero queda con la esperanza de salir pronto como recompensa de una buena obra, i nos promete contarnos lo restante de su vida en una tercera parte que nunca apareció. Hasta aquí el asunto de la novela, tócanos ahora decir algo en cuanto a su elemento moral i en cuanto a su forma literaria.

Si Mateo Alemán nació en 1547, cuando publicó su obra, era ya hombre de edad avanzada i, esto esplica, en parte, la tan notoria tendencia de moralizar. En efecto, después que Guzmán nos cuenta algunas de sus picardías, nos habla estensamente sobre el vicio que lo inclinó a tal acto. I en verdad que estos sermones no están demás, porque como ya hemos visto por el argumento de la obra, las aventuras de Guzmán son complicadas, son a veces verdaderos crímenes, i por esto quizás el autor ideó que a cada aventura siguiera una disertación moral que viniera a borrar el mal efecto que pudiera haber hecho en la mente tal aventura.

Como han dicho con mucha exactitud algunos críticos, en esta obra tenemos el remedio junto al veneno.

Es esta manera de moralizar la que llama justamente la atención, porque en otras obras el elemento moral va mezclado, va intercalado, en la narración misma, i en el «Guzmán» va separado: las disertaciones morales son como notas que se pusieran a la narración, de tal manera que quien se interese sólo por la trama de la obra puede pasarlas por alto, sin mayor perjuicio. En otras palabras, de esta obra pueden hacerse dos: una digna de ser firmada por cualquier insigne novelista, i la otra por cualquier notable moralista; pero en honor de Mateo Alemán debemos hacer una aclaración; pocas personas hai capaces de o mejor dicho aficionados a enfrascarse en la lectura de sermones de esta naturaleza; sin embargo, leemos sin sanción estas disertaciones en que Guzmán nos aconseja i nos muestra los peligros de que podemos ser

víctimas, porque el estilo en que están escritas no es el estilo grave i pesado de un moralista vulgar que tratara de imponernos sus preceptos, sino al contrario, están escritos con amenidad, con sencillez, i salpicados de dichos ingeniosos, todo lo cual contribuye a que recorramos con deleite páginas a que de otro modo se nos haría mui difícil leer. Como con mucha razón dice Merimée, se nos ocurre estar escuchando la amena charla de un Sancho Panza «cuya cabeza se hubiera enriquecido en la universidad». I decimos charla, porque no otro nombre puede darse a estas lucubraciones de Guzmán, hechas al calor de sus recuerdos: es así como se pasa revista a los vicios, como el robo, la lujuria, la hipocresía, la venganza, etc., etc., i es así también como desfilan ante el lector los miembros de las sociedades con toda su cohorte de vicios, i como Quevedo en sus «Sueños», Guzmán se ensaña principalmente contra la jente de justicia: ministros, escribanos ladrones jueces i alguaciles sobornables, tinterillos inútiles, etc. En una palabra, en estas disertaciones morales, es donde podemos conocer todo el cáncer, toda la corrupción de que era víctima la sociedad del siglo XVI.

Tenemos, pues, que hai dos elementos que se destacan claramente en la composición de esta obra; el elemento narrativo i el elemento moral. Pero no son éstos los dos únicos, porque el autor echó mano de otro recurso literario mui socorrido en aquella época, cual era la interpolación de novelas cortas, absolutamente independientes de la obra, i, así como en el «Quijote» de Cervantes tenemos la novela del «Curioso Impertinente» i otras, así, en el

«Guzmán» tenemos en el libro primero la historia de los amores de los moros Osmín i Daraja, cuya acción se desarrolla en tiempos de la conquista de Granada, i que termina por la conversión de dichos amantes al cristianismo. Además, ya hemos mencionado el hecho de que la primera parte de la obra termina de un modo brusco después de narrarse los trágicos amores de Clorinio i Dorida, que tienen por teatro Roma; i, finalmente, en la segunda parte, en el viaje de Jénova a España, se intercala la novelita que podríamos llamar de Dorotea, por ser éste el nombre de su heroína.

Por lo demás, en cuanto al estilo se refiere, mucho se ha celebrado el lenguaje del Guzmán i tanto se le ha alabado, que nosotros modestamente creemos que se ha exajerado algo, porque, si bien es cierto que su vocabulario es riquísimo i que la forma es tan correcta que puede considerársele como obra modelo, carece su lenguaje de la gracia i fluidez del de Cervantes i de la viveza i desenvoltura del «Lazarillo». I con esto no queremos en ningún modo atenuar el mérito de la obra, que ya por estenso hemos reconocido, sino únicamente colocar los puntos sobre las *ies*.

Muchas veces se ha hecho un paralelo entre la vida de Cervantes i la de Mateo Alemán; como Cervantes, Alemán estuvo varias veces preso por deudas en la cárcel de Sevilla; como Cervantes, Alemán escribió su obra principal en edad ya madura,

i así como Cervantes tuvo su Avellaneda, así Alemán había tenido años antes su Mateo Luján de Sayavedra.

En efecto, la popularidad que alcanzó el «Guzmán de Alfarache» hizo que con el seudónimo de Sayavedra se publicara en 1602, en Sevilla, una segunda parte apócrifa tal vez con el fin de quitar a Alemán fama i provecho. Pero así como Cervantes muestra su resentimiento con Avellaneda desde el capítulo 73 de la segunda parte del «Quijote», así Mateo Alemán empieza a mostrar el suyo desde el capítulo I de su segunda parte, cuando dice que para complacer a todos los gustos le habría sido necesario «haber vivido tantas vida, cuantos hai diferentes pareceres. Una sola he vivido i la que me achacan es testimonio que me levantan; la verdadera mía iré prosiguiendo, aunque me vayan persiguiendo; i no faltará otro Gil para la tercera parte, que me arguya como en la segunda de lo que nunca hice, dije ni pensé».

Por suerte, esta tercera parte que Alemán parecía temer, no apareció.

Como se comprenderá, el tal Mateo Luján de Sayavedra no ha existido: éste no es sino un seudónimo bajo el cual se ocultó un autor que, según todas las probabilidades, fué el abogado valenciano Juan Martí. Alemán impone su merecido castigo al supuesto Sayavedra, dando este nombre al ladrón que en Roma finje amistad a Guzmán, i que después le roba en Siena cuanto tiene.

Es el mismo Mateo Alemán quien nos hace concebir la hipótesis de que el autor de la falsa segunda parte sea Juan Martí, pues, refiriéndose a

a Sayavedra, Guzmán dice: «díjome ser andaluz de Sevilla, mi natural, caballero principal; Sayavedra una de las casas más ilustres, antigua i calificada della». (Segunda Parte, libro I. cap. XIII); i después cuando Sayavedra refiere su vida a Guzmán, éste lo hace decir: «mi hermano como buen latino i jentil estudiante, anduvo por los airés derivando el suyo (nombre): llamábase Juan Martí hizo del Juan, Luján i del Martí, Mateo, i volviéndolo por pasiva, llamóse Mateo Luján». (Parte II, libro 2.º, Cap. IV).

Haciendo hincapié en el hecho de que el autor de la falsa segunda parte no era sevillano, Alemán pone en boca de Sayavedra estas palabras: «ni estuve jamás en Sevilla, ni della sé más de lo que aquí he dicho» (idem).

En la apócrifa segunda parte de Sayavedra, las aventuras de Guzmán son, en resumen, las siguientes: después de robar al embajador, Guzmán sale de Roma en compañía de otros dos españoles, quienes a su vez roban a Guzmán, lo abandonan i éste, sin otro equipaje que sus deseos i sin otras alforjas que su estómago, sigue camino de Nápoles, donde llega a ser mayordomo de un clérigo a cuya comitiva se había juntado en el camino. Pero mui pronto, debido a los hurtos que hacía para tener con qué llevar una vida de tenorio, va a dar a la cárcel; i después de salir de ésta, entra de pinche en la cocina del virrei, en servicio del cual pasa a España. Abandona a su amo el cocinero para seguir estudios en Alcalá de Henares, donde sirve a algunos estudiantes; pero luego se va a Madrid donde tiene varias desagradables aventuras con

mujeres, i donde concluye por entrar a una compañía de cómicos que pronto pasa a Valencia con ocasión de las bodas del rei que se celebran en esa ciudad, i donde Guzmán tiene que robar para satisfacer las exigencias de su querida, Isabel, por cuya causa va a dar a la cárcel i es condenado a galeras.

Concluye Guzmán prometiendo contarnos cómo escapó de las galeras en una tercera parte; pero como ya hemos dicho, esta tercera parte no apareció.

Esta segunda parte del supuesto Sayavedra se lee con agrado hasta el fin del libro primero; pero desde aquí se nota su inferioridad con respecto a la de Mateo Alemán, en invención, en lenguaje i en todo. El estilo, desde el libro segundo, se hace cansado, i Sayavedra en vez de intercalar novelas cortas, como Alemán, hace una larga i fatigosa disertación que ocupa los capítulos VIII, IX, X i XI sobre la nobleza de los vizcaínos. De esta segunda parte no se han hecho sino contadas ediciones, justo castigo a quien, sin méritos para ello, trató de su-peditar a un autor que era en todos conceptos superior a él.



SEGUNDA PARTE

La Novela Picaresca en el Siglo XVII

CAPITULO V

a) Introducción.—b) La Pícara Justina.—c) El Buscón.

a) Rigurosamente hablando, ya hemos considerado algunas novelas picarescas que no aparecieron sino en el siglo XVII, por ejemplo, «Segunda parte del Lazarillo», de Luna (París 1620), segundas partes, apócrifa i verdadera del «Guzmán» (1602 i 1604, respectivamente); pero si hemos alterado en algo el orden cronológico, ha sido por tratar cada obra de una manera más o menos completa, conservando así la debida unidad de materia.

Correspóndenos ahora tratar de todas aquellas novelas cuyas primeras partes aparecieron en el siglo XVII pero antes de entrar de lleno en el asunto, se hace necesario decir algo, en líneas jenera-

les, sobre la literatura i en especial sobre la novela picaresca, en esa centuria.

El primer tercio del siglo XVII, podemos decir que marca el apojeó del siglo de oro; es entonces cuando en las tablas reinaba como monarca absoluto, imponiendo leyes, el Fénix de los ingenios, ante quien palidecen todos los demás autores teatrales, i es entonces también cuando el glorioso Manco se inmortalizó escribiendo la vida del enamorado caballero que vivió loco i murió cuerdo.

El teatro, que fué siempre el jénero más favorecido del pueblo español, que gustaba oír largas tiradas de versos que le regalaran el oído, aunque no comprendiera su significado, tuvo por consiguiente un tan gran número de cultivadores, que hace que España tenga la literatura más copiosa a este respecto. Pero son pocos los nombres de los contemporáneos del autor de «La estrella de Sevilla», que se han salvado del olvido, i si esos nombres se tienen en cuenta al tratar del drama, no es precisamente por la importancia de sus obras, sino por otras circunstancias: tal sucede con Cervantes, i con otros, como Guillén de Castro, cuya obra «Las mocedades del Cid», tradujo libremente Corneille, i Vélez de Guevara, autor de numerosísimas comedias en que el ruido i el tropel es la característica, i de las que él mismo se burló, como veremos en el «Diablo Cojuelo» (Tranco IV), que es la obra que le dió fama. Más tarde aparecen otros escritores de verdadero mérito, cuyos nombres han salvado las fronteras de la Península, si no por el número de sus obras, por la calidad de éstas, como sucede con aquel autor que si tuvo un cuerpo defor-

me, tuvō en cambio una alma bella como pocos, i que en todas sus obras trató de que se desprendiera una enseñanza, como lo hace al demostrar que la *verdad* en labios de un mentiroso, se hace *sospechosa*. A su lado figuran otros como Calderón i Gabriel Téllez, cuyo verdadero valor desde hace poco se ha comprendido; aquel que se ha hecho popular por haber demostrado ingeniosamente que para vencer el *desdén*, nada hai mejor que el *desdén* mismo i el otro que nos retrata el modo cómo comprendían el honor los españoles que no toleraban ofensas *del rei abajo, a ninguno*.

La poesía tuvo también preclaros cultivadores; pero no es éste el lugar para hablar de ellos, i en cuanto a la novela se comprende que desde la aparición del «Quijote» había de ser por siempre el campo en que con más agrado habrían de penetrar los ingenios españoles ya que con la novela encontraron, como alguien lo ha dicho, la verdadera forma de la epopeya humana, epopeya que pudo contarse en toda su magnitud i en todas sus formas, lo que no podía hacerse en el verso en que el pensamiento está sujeto a determinadas trabas.

Pero poco a poco los buenos escritores fueron haciéndose cada vez más escasos, hasta que por fin, bajo el reinado de Carlos II, parece que todos los hombres de letras hubieran guardado sus péñolas como muda protesta por el bochornoso gobierno de este monarca.

Por lo demás, en la novela nada de nuevo se creó: ya hemos visto que, cosa que causa admiración, dentro de una misma década del siglo anterior, (1550-1560) nacieron tres formas de novelas que

habían de dar gran brillo a la literatura española: la pastoril, la morisca i la picaresca. En el siglo XVII, no se hizo otra cosa que continuar explotando estos temas, aunque ninguna de las obras de este siglo tuvo la popularidad que habían alcanzado sus antecesoras. I sobre todo se ve esto en la novela picaresca, que es lo que aquí nos importa, porque a pesar de haber aparecido numerosas novelas de este género, pues, como dice mui bien Fernández de Navarrete, «adquirieron los escritores españoles en el género picaresco tal facilidad, que aún escribiendo de otras materias, su pluma parece se torcía a este género», a pesar de esto, decimos, ninguno puede competir ni con el «Lazarillo» ni con «Guzmán».

La primera novela del género, en el orden cronológico, que apareció en el siglo XVII, es la «Pícara Justina», de que pasaremos a hablar.

b) Apareció la primera edición del «Libro de entretenimiento de la Pícara Justina», el año 1605 en Medina del Campo. Está dividida esta obra en cuatro libros, de los cuales el segundo consta de tres partes; además, está precedida de una larga introducción en que Justina nos cuenta como se ha puesto a escribir, los discursos que mantiene con su pluma, etc. En total suma esta novela veintidós capítulos, que en buenas cuentas equivalen a cuarenta i cuatro, porque los capítulos de los libros primero i segundo están subdivididos; sin embargo, en tan-

tas páginas de lectura, se cuenta mui poco: la paja es mucha, i el grano escaso.

Justina Diez, tataranieta de gaitero i tamborilero, biznieta de mascarero, nieta de barbero, hija de mesonero, puede con justicia decir que:

«Cada cual de sus abuelos
dan a Justina una cosa,
como a Pandora la Diosa
que emplumaron en los cielos»;

i no solo lo dice sino que se precia de su abolengo i todo el primer libro lo ocupa en demostrar que no es una pícara de tres al cuarto, de jeneración espontánea, sino que la picardía es en ella herencia de la sangre. I su mismo nombre de Justina, la hace decir que le fué puesto por sus padres «porque había de mantener la justa de la picardía, i Díez porque soi la décima esencia de todos ellos (los pícaros) i cuanto i más la quinta». Termina el primer libro que lleva el subtítulo de la «Pícara Montañesa», con la muerte de los padres de Justina: el padre es muerto por un señor que lo sorprende infraganti en el oficio de Caco, i la madre muere víctima de sus vicios. Idos del mundo estos ilustres maestros que tenían academia de picardía en el mesón, queda Justina en completa libertad para empezar a mostrar sus dotes, pero sucede en ésto como con el parto de los montes; porque después de tanto alabar su linaje i de hacer gala de sus conocimientos, las aventuras de Justina son harto vulgares i pueden figurar en el repertorio de cualquiera hija del pueblo. Desde el libro segundo, «La pí-

cara romera», se da comienzo a las aventuras de Justina quien empieza a hacer correrías, la primera de las cuales es Arenillas, donde tiene que sufrir las importunaciones de un «un mui gordo tocinerero», i donde concluye por ser robada por una partida de estudiantes enmascarados mandados por el «obispo don Pedro Grullo», que por una hábil maniobra consiguen sacarla de la población en su carro sin llamar la atención; pero Justina astutamente consigue engañarlos i después de emborracharlos, da con ellos en Mancilla, su aldea, i logra quedar como dueño de la hacienda de los estudiantes que huyen al verse cojidos. Va después Justina a León, con ocasión de una fiesta religiosa, i jinete en una burra «ella i yo parecíamos de una pieza, como lo sintieron los de Arauco de los caballos i caballeros españoles»; en León trueca hábilmente un *Agnus dei* falsificado, por un un rico Cristo de oro a un bachiller fullero, hace abrir la bolsa a un ermitaño a quien convenía alejarla, i después de esto huye a la ermita objeto de la romería, no sin antes haber robado una burra con que restituir la suya que había perdido. En la ermita se disfrazaba de mendiga «envergonzante», i logra así reunir algunos cuartos; de vuelta a León se le junta un bachiller a quien juega una broma tan pesada que de ella sale éste con mui poco honor para sus letras.

Llegada Justina a un mesón i en compañía de un peluquero de su tierra, engañan i roban a la mesonera, que se deja robar i todavía da las gracias por ello: tal es la habilidad de la pícara.

El libro tercero que lleva por título «La Pícara Pleitista», cuenta que Justina, por pleito que en

su contra forman sus hermanos, es condenada a perder su hacienda; pero ella apela al almirante para lo cual se dirige a Rioseco, donde vive con una vieja tejedora morisca a quien ella a su muerte logra heredar, finjiéndose su nieta. El libro cuarto, titulado «La pícaro Novia» nos cuenta cómo, rica para lo que ella tenía, Justina vuelve a Mancilla donde ya decide escoger marido de entre sus muchos pretendientes i después de rechazar a varios, entre los cuales uno que estando en casa «jamás endurecía ni tomaba de moho el pan, i para pasar dos azumbres de vino de un aposento a otro, no había menester bota, ni jarro, ni cuero», se casa con uno que le había ayudado en su pleito i que le sale un truhán de marca mayor. El libro termina casi bruscamente, i Justina solo nos anticipa que después de quedar viuda dos veces, se casa con don «Pícaro Guzmán de Alfarache,» prometiendo contarnos las aventuras que pasa en su «maridable compañía» en el segundo tomo i pidiendo que «los deseosos del segundo tomo esperen un poco guardando el sueño a la recién casada». Seguramente que no serían muchos los deseosos del segundo tomo prometido, i por eso debemos alegrarnos de que éste no haya aparecido, que si había de ser por el estilo del primero, poco i nada se ha perdido.

Sobre la personalidad del autor de esta obra, el licenciado Francisco *López de Ubeda*, no siempre se ha estado de acuerdo: han creído algunos que no es este sino un seudónimo usado por Frai Andrés Pérez, relijioso dominico, que por el solo hecho de ser fraile habría tenido buenos i sobrados motivos para no poner su nombre en la por-

tada de un libro escrito con tanto desenfado. Pero ya parece hecho averiguado que en realidad el autor es un médico de Toledo que llevaba el nombre de Francisco López de Ubeda i que en el terreno de las letras se había dado a conocer por dos desgraciados tratados sobre vidas de santos.

Ya hemos hablado de la constitución de la obra i de cómo está dividida en capítulos; cada uno de estos capítulos o subdivisiones de capítulos va encabezado por un resumen en verso de lo que se contiene en el capítulo i las estrofas que el autor elije son de las más variadas, incluyendo las de cabo roto i bastante extravagantes. Por esto, se puede decir, con el autor, que la «Pícara Justina» es juntamente arte poética, que contiene cincuenta i una diferencias de versos»; hasta encontrarnos en el encabezamiento del capítulo segundo del libro tercero una estrofa en latín, no en el de Horacio ciertamente. Así como cada capítulo empieza por un resumen en verso, imitando tal vez a Mateo Alemán, agrega Ubeda al final de cada uno de ellos un corto «*aprovechamiento*»; que es como la moraleja que se desprende de la fábula, i en que el autor trata de precaver a veces contra los peligros relatados; pero estos aprovechamientos son muy cortos e insignificantes i resultan ridículos si se tiene en cuenta que el autor con ellos trata de destruir el mal efecto del relato anterior. Pero se nos preguntará ¿por qué ha de ser así cuando por el argumento de la obra, las aventuras de Justina son tan vulgares i no tienen nada de refinadamente malo? A esto respondemos que estamos de acuerdo al respecto; pero que la maldad de Justina no está

en las aventuras mismas sino en el lenguaje empleado (sobre todo en el libro primero) que está plagado de alusiones no sólo indecentes i picantes, sino repugnantes, hasta a los que menos pecan de timoratos.

Si en verdad Ubeda se propuso moralizar, cosa que casi no nos atrevemos a creer a pesar de que él dice en el prólogo que deseó que en sus escritos «temple el veneno de cosas tan profanas con algunas cosas útiles i provechosas... enseñando virtudes i desengaños... usando lo que los médicos practicamos, los cuales de un simple veneno hacemos medicamento útil con añadirle otro simple de buenas calidades», es seguro que ni remotamente alcanzaría lo que se propuso por el hecho que dejamos anotado.

Como decimos, a pesar de que tanto insiste Ubeda en el prólogo de su libro sobre que él desea enseñar, precaver contra los vicios, en nuestro modesto sentir, no se propuso nunca hacer sinceramente tal cosa; i si agregó esos mal hilvanados a provechamientos, lo hizo tal vez sólo por no ser tachado de licencioso por sus contemporáneos, quién sabe si únicamente para poder conseguir la aprobación de la censura, que dió licencia para publicar el libro el 23 de Agosto de 1604 en Gamiel del Mercado.

El lenguaje que, a pesar de sus defectos, logra hacerse interesante en muchos pasajes, es a menudo fácil; pero esta buena cualidad se pierde entre los muchos defectos de que adolece el estilo: retruécanos frecuentes, perifrasis alambicadas, paranomasias poco afortunadas, i en fin, toda clase de juego de palabras que a la larga hace cansada, fatigosa, la lec-

tura. I ya que, como dice el refrán, para muestra basta un botón, demos uno: refiriéndose al peligro en que estuvieron de ser atropellados por la carreta, bajo la cual merendaban, Justina i sus amigos, dice ésta: «dió un estirijón (la mula) para desasirse de la carreta con tanta fuerza que por pocas hubiera de hacer empanada de nuestros sesos. I aún fuera con toda propiedad empanada, porque siendo nuestros sesos tan poco o tan ninguno, siendo empanada de sesos, fuera en pan nada». (Libro segundo, capítulo primero).

Así como ésta, la novela no es otra cosa que un continuo desfilarse de chistes que se creen graciosos, trasposiciones difíciles, etc., todo lo cual hace que con justa razón se haya considerado a la «Pícara Justina» como la obra que marca la introducción del gongorismo en la novela picaresca.

Si esto pasa en la prosa, es claro que en los versos que preceden a cada capítulo, todo se nota aumentado, pues Ubeda se complace en buscar versificaciones difíciles: rima interna, verso de cabo roto, versos en que verbos i sustantivos van cortados, en fin, toda clase de trabas que si bien pueden mostrar el ingenio de un autor, no dejan correr libremente la inspiración, razón por la cual no puede sino producir mediocridades, tonterías sin gusto a nada.

Tal es el libro de Justina, que de pícara tiene mui poco más que el nombre i de quien no hai méritos para decir que fué «inter-pícaros, picaña suprema», i menos aún para hacerla esposa de Guzmán de Alfarache.

c). En el mismo año de la aparición de la «Pícarra Justina», compuso Francisco de Quevedo i Villegas uno de los libros que más renombre le han dado, i que tiene por título «Historia de la Vida del Buscón llamado don Pablos, ejemplo de vagamundos i espejo de tacaños», conocido con otro nombre como la «Historia de la vida del gran Tacaño», novela picaresca que alcanzó gran éxito, según lo atestiguan las numerosas ediciones que de ella se han hecho. Pero antes de hablar sobre el autor i las características de esta obra, es indispensable que hagamos un resumen de su argumento.

Pablos Segovia, de la ciudad de este nombre, es hijo de un barbero ladrón i de una mujer famosa por lo hechicera i celestinaria, quienes lo envían a un colejo donde Pablos hace amistad con el niño don Diego Coronel, noble. Después de cierta aventura de que sale mal oliente, Pablos consigue entrar al servicio de la casa de don Diego, a quien acompaña como criado al pupilaje de un cierto licenciado Cabra, quien tiene a sus pupilos a razón de hambre, i tanto, que uno de ellos muere. Sabido esto, el padre de don Diego los retira de allí i después de algunos meses que necesitan para reponerse, los envía a Alcalá de Henares, a cuya Universidad debía ingresar don Diego. En la posada en que tienen que pasar la noche de camino, con zalamerías i engaños se hacen convidados del joven dos rufianes, dos estudiantes, un clérigo i dos mujeres, todos los cuales lo hacen gastar mucho, con gran desesperación de Pablos.

Una vez en Alcalá, Pablos, como novato, es objeto de muchas travesuras pesadas en el colejo

que asistía, i, la primera noche, los demás lacayos que como él se encontraban acompañando a sus señores lo hacen víctima de su picardía, i es en esta parte donde tenemos la página más repugnante, la única del libro; pero no nos anticipemos que después hablaremos de todo esto.

Después, en complicidad con la dueña que prepara la comida a todos los estudiantes que viven juntos roban constantemente la mitad del dinero recibido, i, además de esto, Pablos se gasta otras burlas v. gr. mata dos cerdos que entran casualmente a la casa; se hace dar por la dueña tres pollos, pues la convence que es un delito castigado por la Inquisición el llamarlos por «pío, pío», herejía por ser éste el nombre de los papas; de noche «sale a correr cajas» i una vez, acompañado de otros, llega hasta robar las espadas a la ronda, después de haber engañado astutamente al alguacil.

En Alcalá, Pablos recibe la noticia de que han ajusticiado a su padre, i de que a su madre la ha condenado la Inquisición; i, como Don Diego que se vuelve a Segovia, por orden expresa de su padre, a cuyo conocimiento habían llegado las picardías de Pablos, no puede tenerlo más a su servicio, se va solo a cobrar un dinero que su padre le había dejado en poder de un tío, hombre «mui conocido en Segovia por lo que era allegado a la justicia», o en otras palabras, porque era verdugo. En el camino se encuentra con un loco que prepara asombrosas pruebas de orden militar, i después, con un buen hombre que sabe esgrima teóricamente, según lo que dice un libro insulso. De Rejas a Madrid se acompaña de un clé-

rigo poeta, que cuenta sus octavas i sonetos por miles, i a quien Pablos lee, llegando a la Corte, una divertida pragmática contra los poetas, o mejor dicho, contra los poetastros. De aquí a Cerecedilla se acompaña de un soldado, que no tenía de ello, talvez, nada más que el jurar, i de un ermitaño tan piadoso que al llegar a la posada i jugando solo «por entretenimiento», despoja a Pablos de 600 reales i al soldado de ciento.

Al llegar a Segovia lo primero que Pablos ve, son los cuartos de su padre, colocados en los camizos. Su tío, el verdugo, le entrega 300 ducados; i Pablos, no encontrando mui honrosa su compañía, huye de él i se vuelve a Madrid. En el camino topa con un caballero de industria, que concluye por contarle el jénero de vida que llevan en la Corte él i sus compañeros, i las tretas que tienen, todo lo cual tienta a Pablos a hacer la misma vida.

Hasta aquí llega el libro I; en el II Pablos nos cuenta cómo decide entrar en la compañía de estos caballeros de industria i cómo, llegando a la ciudad, se encuentra en la tal compañía con los más diversos tipos de ladrones, de quienes aprende las diversas trazas que se dan. El primer día que Pablos adopta esta clase de vida, se pega a un ex-compañero que encuentra por casualidad, i se hace el convidado a almorzar; en aventurillas como éstas, pasa un mes, hasta que son descubiertos por la justicia, i él, juntamente con sus compañeros i la vieja que les cuida la casa en que todos viven, son llevados a la carcel i sacados todos a la vergüenza pública, a excepción de Pablos, gracias al dinero que aún conserva i con el que unta la mano del honrado carcelero, escri-

bano i relator. Durante su permanencia en la cárcel, se hace amigo del alcaide, i al salir de ella se va a vivir a una posada donde, haciendo creer que es rico, se dedica a enamorar a la hija de la posadera. Como Pablos no tiene blanca con qué pagar la posada de varios meses, se vale de una treta: dos estudiantes con quienes está en relaciones, finjen prenderlo en nombre de la Inquisición, i así logra salir sin pagar, i llevándose sus baúles. Queda en compañía de los mismos estudiantes, i disfrazado de sacerdote acude a jugar a casa de un boticario i deja a todos sin blanca, gracias a sus engaños. Diariamente alquila caballos, i se dedica a hacer el amor a una niña noble, a quien, en compañía de sus parientes i dos amigas, invita un día a almorzar al Prado; pero la fortuna no había de sonreír siempre a nuestro héroe, pues acierta a llegar en esto don Diego Coronel, su ex-amo, que era primo de las niñas i queda asombrado de ver lo que sucede; más, Pablos no se da por entendido i pasa por el caballero don Felipe Tristán, que indudablemente tiene un estraño parecido con aquel pícaro.. Pero don Diego, que no queda satisfecho, al fin consigue averiguar la verdad i le hace dar una tunda, de cuyas resultas Pablos queda lisiado i con una gran cuchillada en la cara, i, como para darle las diez de última, los estudiantes huyen con todo su dinero dejándolo en la miseria, i, por último, creyéndosele mancebo de la dueña de la posada, unos corchetes lo maltratan a su sabor. Después de todo esto, Pablos no tiene otro recurso que sentar plaza de mendigo, i aprende las tretas de estos; pero una vez sano, se va a Toledo i encontrando en una farán-

dula un amigo, se hace actor, i vive en tanto con la mujer de la compañía, cuyo marido, con una paciencia de Job, consiente en llevar cuernos.

Pronto Pablos de actor pasa a autor de comedias, poeta, i consigue tal renombre, que una monja se enamora de él; pero luego la compañía se disuelve, pues encarcelan al empresario por deudas, i Pablos después de estafar a la monja en cincuenta escudos, se va a Sevilla, donde una noche que él i varios amigos saborean el licor de Noé más de lo que fuera prudente, matan dos corchetes. Para librarse de las persecuciones de la justicia, se refugian en la iglesia mayor, i Pablos concluye por pasar a América.

Consta esta novela de dos libros que suman 23 capítulos. Demasiado conocida i también demasiado complicada es la personalidad de Quevedo (1580-1645) para que necesitemos esplayarnos mucho sobre él.

Bástenos decir que són pocas las personas que conocen a Quevedo como autor serio: siempre se le ha tenido como autor jocosos por excelencia i son sus obras chistosas las que mayor celebridad le han dado, i sin embargo, no faltan entre sus obras en prosa trabajos tan notables como «Vida de Marco Bruto» i «Política de Dios i Gobierno de Cristo». Pero la jeneralidad de los lectores que parecen interesarse poco por lo serio, prefieren un Quevedo jocosos a un Quevedo profundo, i ha sido tanta la fama que este autor ha llegado a tener, que no ha habido historia o copla malévolos o picante de autor desconocido que no se le haya atribuído. I, a la verdad, que no comprendemos cómo puede la jeneralidad

gozar con las obras de Quevedo, porque sus chistes no son inofensivos como los de otros autores, sino que por el contrario, en la mayoría de los casos hacen sufrir, pues en estilo malévolo, Quevedo nos dice muchas grandes i amargas verdades, i las verdades que nosotros mismos quisiéramos ignorar, causan dolor. Creemos que serán de nuestro sentir a este respecto, todos los que hayan^{do} leído la novela de que venimos tratando, o los «Sueños», porque desde el prólogo de éstos, parece que el autor sintiera un placer intenso, maquiavélico, refinado, en torturarnos: cumple bien con aquello de «castigat ridendo mores», porque eso es lo que hace según el mismo lo dice: «Guardo el decoro a las personas i solo reprendo los vicios; murmuro los descuidos i i demasías de algunos oficiales, sin tocar en la pureza de los oficios». (Prólogo a «Las Zahurdas de Plutón»).

La forma del «Buscón» como de las otras novelas picarescas que hemos considerado, es también autobiográfica; i desde el principio su héroe empieza por escarnecer a sus padres. Llega a veces el autor a describirnos las escenas más íntimas i repugnantes, como sucede a la llegada de Pablos a Alcalá: se dirá que no hai por qué escandalizarse puesto que son cosas de la vida, cosas que suceden diariamente; pero aunque no nos escandalicemos, nada habría perdido la obra, e indudablemente ganado mucho, con suprimirle algunos pasajes, i además si nada decimos de deslices semejantes como en obras como «La pícara Justina», no quisiéramos verlos en libros de un autor de primera talla como Quevedo.

En cuanto al estilo del «Buscón», no se parece al de ninguna otra novela picaresca: supera a todas en viveza i con mucha razón ha dicho Merimée que «su pensamiento finísimo deslumbra i ciega por su parpadeo perpetuo»; es un estilo si no tan cuidado como el del «Guzmán de Alfarache», mucho más espontáneo, de tal manera que no tiene nada que envidiar al «Lazarillo» que, como hemos visto, tiene un lenguaje por demás juguetón; podría asegurarse, por los descuidos de lenguaje, que la vida de este Buscón (hombre que atiende a sus necesidades con los frutos del hurto frecuente), ha sido escrita a vuela pluma. La chocarrería i el donaire especial de Quevedo, ganan con la reproducción en la obra de dichos populares i de términos de jermanía, todo lo cual contribuye a dar mayor festividad i lijereza a este estilo que se nos antoja, que semeja el vuelo de una mariposa que apenas si se detiene en cada flor, porque así es el lenguaje de Quevedo, no se detiene, no es profundo.



CAPITULO VI

Cervantes i su relación con la novela picaresca

Escusándonos el hablar sobre el veterano de Lepanto, tanto porque su vida es demasiado conocida de los entendidos, cuanto porque demandaría muchísimo espacio, i también porque nos apartaríamos de nuestro plan, cual es el hablar sobre las obras i sólo lo necesario sobre los autores, examinaremos aquí las estrechas relaciones que tiene Cervantes con el jénero picaresco.

No era posible que un ingenio tan profundo i universal, que tomó muchos de sus personajes de la vida real, idealizándoles, dejara de escribir algo sobre los pícaros, ya que estos formaban una parte de esa realidad del mundo de su tiempo; i, si bien es cierto que sólo una de sus novelas es netamente picaresca, no por eso podemos dejar de reconocer que también otras no carecen de ese elemento.

En efecto, entre sus «Novelas Ejemplares» (con las cuales Cervantes se preciaba de ser el introductor de este género en España, i que, sin su Quijote, habrían bastado para darle un lugar prominente en la historia literaria), figuran varias que participan de las características de las novelas picarescas; i entre esas incluimos nosotros «La ilustra fregona» i, con más razón aún, «La Jitanilla», cuya heroína, Preciosa, había por fuerza de llevar la vida picaresca de los jitanos, lo mismo que don Juan de Cárcamo (Andrés) que de noble hijodalgo vino a adoptar una vida picaresca para poder así seguir al objeto de su amor. I para mencionar estas novelas de Cervantes que tienen elemento picaresco, en orden ascendente, esto es, según aumente ese elemento, podemos decir que encontramos más picaresca que las anteriores el «Coloquio de los perros Ciprión i Berganza», obra de que creemos necesario decir algunas palabras: Ciprión i Berganza, dos perros del hospital de la Resurrección de Valladolid, admiranse una noche al encontrarse con el dón del habla; para aprovecharlo bien, mientras les durase, deciden contarse sus aventuras; pero en esta novelita no alcanza a contarlas sino Berganza, el cual, después de servir a un hidalguete que lo utiliza para enviar regalos a su querida, por temor de un castigo, huye al campo, donde sirve de guardián de un rebaño acosado por lobos que no son otros que los mismos pastores. En vista de los injustos castigos que recibe por culpa de los pastores, vuelve a la ciudad i pasa a ser perro de un mercader a cuyos hijos acompaña a las aulas, dando así en estudiante; pero pronto lo hacen huir de esa casa las maquinaciones de

dos enamorados negros i se hace perro corchete, ayudante de un alguacil que, favorecido por el hábito de la justicia, roba a los incautos en confabulación con un corchete i una prostituta, i, mantiene relaciones con un personaje de dudosa honorabilidad «a quien llamaban Monipodio, encubridor de ladrones i pala de rufianes»; huye de este servicio después de haber castigado a su amo i se allega a una compañía de soldados, donde el tambor lo recoge por suyo, lo convierte en perro sabio, i lo exhibe de pueblo en pueblo con lo que gana muchos cuartos, pero este soldado tiene un gran disgusto con la vieja cuidadora del hospital en que daba sus funciones; esta vieja bruja reconoce a Berganza por hijo de otra colega del oficio. Pronto i para llevar una vida tranquila, se retira a servir al hospital de la Resurrección.

Como puede comprenderse, esta hermosa novelita, tiene no poco de picaresco; si en vez de ser el héroe un can, lo cambiáramos por un Lazarillo, tendríamos una divertida novela picaresca, aunque, sin necesidad de eso, bien puede subentenderse que esta es una forma alusiva de novelar i es necesario que cada uno de nosotros al leerla diga: «yo alcanzo el artificio del coloquio i la invención».

Tiene bellas páginas salpicadas a menudo de esa filosofía fruto de la experiencia de Cervantes, i también, salpicada a veces de sarcasmo, como cuando se burla del jénero pastoral al poner en boca de Berganza, mientras estuvo de guardián de ganado, i refiriéndose a los pastores, estas palabras: «Lo más del día se les pasaba espulgándose o remendándose sus abarcas: ni entre ellos se nombraban Amari-

lis, Fíldas, Galateas i Dianas, ni había Lisardos, Lauros, Jacintos ni Riselos;... por donde vine a entender lo que pienso que deben de creer todos, que todos aquellos libros son cosas soñadas i bien escritas para entretenimientos de los ociosos.»

Tenemos, pues, que Cervantes, en una forma de apólogo, pasa aquí revista a diversas de las clases que constituían la sociedad de su tiempo, burlándose de sus vicios i miserias; pero su burla no es mordaz, hiriente, como la de Quevedo, sino reposada, bien meditada; es más bien una burla que se desprende de la lectura del conjunto, i que seguramente convidaría a sus contemporáneos a la meditación, lo que tal vez no consiguió el autor del *Buscón*, porque atendemos más a la crítica que se nos hace con serenidad de espíritu, a manera de consejo, que aquella que se nos hace sólo por reir de nosotros.

En lo que al estilo se refiere, por cuanto sería necesario un volumen para hablar del lenguaje de Cervantes en jeneral, diremos sólo dos palabras: agudeza, viveza, juegos de palabras escasos i prudentes, dichos graciosos, etc. Por último, creemos que será bastante con decir que se ha considerado ésta como la mejor novela de Cervantes, después del «*Quijote*».

Pero por la novela ejemplar que con más justicia i propiedad, merece incluirse el nombre de Cervantes entre los autores picarescos, es por *Rinconete i Cortadillo* (1604), que, como hemos dicho, consideramos obra netamente picaresca a pesar de las ideas en contrario que tuvo el gran Menéndez i Pelayo, que dice de ella que «es un cuadro de jénero tomado directamente del natural, no una idea-

lización de la astucia famélica como «Lazarillo de Tormes», ni una profunda psicología de la vida extrasocial como «Guzmán de Alfarache». Ciertamente que no es una obra de profunda psicología, ni nada que se le parezca, ni tampoco es una «idealización de la astucia famélica»; pero ¿por qué habíamos de pedir siempre idealizaciones? Basta que trate de la astucia famélica, aunque no esté idealizada, que mientras más fiel, mientras más real es la pintura, mayor es su valor; basta que pinte las hazañas de dos pícaros i que no carezca de las características esenciales del género, para que esta obra reclame un lugar, i muy importante, entre las novelas picarescas.

La fecha de la composición de «Rinconete i Cortadillo» es 1604, i si no hemos tratado antes de ella, es por cuanto no apareció sino en 1613 junto con las demás novelas ejemplares.

Veamos cuál es el asunto de la obra: en la venta del Molinillo en el camino entre Toledo i Córdoba, i cuya existencia se ha comprobado, se encuentran un buen día dos muchachos «de hasta edad de catorce a quince años, muy descosidos, rotos i maltratados, llamado Pedro del Rincón, el uno, i Diego Cortado el otro. Muy luego i como por instinto, cada uno piensa del otro que es un pícaro; hechas las confesiones i sellada la amistad, juegan naipes a la veintiuna con un arriero a quien pronto despojan de su dinero gracias a sus ardides fraudulentos; vanse de la venta dejando a la ventera, que había escuchado su conversación «admirada de la buena crianza de los pícaros».

Júntanse a unos caminantes que van a Sevilla

en pago de los favores que éstos les hacen, les roban algunas prendas de vestir que luego venden en la ciudad, i cuyo producto les sirve para proveerse de sendas sportillas, pues querían ejercer su verdadero oficio bajo el disfraz de otro más honorable. La misma mañana de su estreno, Cortadillo roba a un sacristán una bolsa con dinero i después, cuando vuelve a buscarla, de yapa le roba un pañuelo; otro sportillero que le sorprende en esta operación, se admira de que se atrevan a robar sin pertenecer a la cofradía de Monipodio (a quien, como hemos visto, Cervantes vuelve a mencionar en el Coloquio) i concluye por llevarlos a presencia de este padre, maestro i amparo de ladrones, quien los recibe por socios i empieza a instruirlos, habiéndoles perdonado el año de noviciado por haber estos entregado la bolsa del sacristán que era reclamada por un alguacil protector de la cofradía.

En la misma noche los pícaros asisten a una comilona de todos los asociados, i se van imponiendo poco a poco de su organización i de las cualidades i oficios de sus diversos militantes, como asimismo de los trabajos de que éstos se encargan.

Desgraciadamente, hasta aquí no más se estiende el asunto de esta novelita i se dejan para otra ocasión, por cuanto «piden más luenga escritura, contar su vida i milagros, con los de su maestro Monipodio», es decir, que, en realidad, la novela empieza cuando la novela acaba.

En cuanto al personaje Monipodio, ilustre catedrático del robo, se afirma que realmente existió en Sevilla i las aventuras de Rinconete i Cortadillo

habrían acontecido en 1569. Por lo demás, la existencia de una tal escuela no debe causar estrañeza, después de lo que hemos dicho en el capítulo primero, i, teniendo en cuenta que Sevilla era uno de los centros de mayor riqueza de la España del siglo de oro, i donde, por lo tanto, debían abundar los pícaros, rufanes i toda especie de criminales; nada tiene, pues, de raro que estuvieran organizados, tanto para ofender como para defenderse: sociedades como ésta, pero más perfectas, descubre en nuestros tiempos continuamente la justicia.

La forma de esta novela, no es autobiográfica como la de las demás obras picarescas de que hemos hablado, sino dialogada; el estilo tiene muchas de las gracias i, a veces, los descuidos del lenguaje del «Quijote». Como el lenguaje usado por la jente cuya vida pinta, el de la obra está plagado de voces de jermanía, o sea, del lenguaje especial de los ladrones, i muchos nos quedaríamos sin entender, por lo menos uno de esos términos i referencias, si no fuera por las anotaciones que le ha hecho el erudito cervantófilo español, don Francisco Rodríguez Marín.

En «Don Quijote», Cervantes menciona la última novela de que se habló, suponiendo que el ventero la encuentra junto con la del «Curioso impertinente», novela que, como se sabe, fué intercalada en la primera parte del Quijote; por el modo con que se espresa, parece que Cervantes tuvo intenciones de intercalarla también en el Quijote, pues, el cura al abrir los papeles que le daba el ventero «vió que al principio de lo escrito decía: *Novela de Rinconete i Cortadillo*, por donde entendió ser una novela,

i colijió que, pues la del «Curioso impertinente», había sido buena, que también lo sería aquélla pues podría ser fuesen todas de un mismo autor; i así, la guardó, *prosupuesto de leerla cuando tuviese comodidad*.

«Quijote», Parte I, Cap. 47).

I ya que se ha mencionado el Quijote, no estará demás apuntar las alusiones que puedan relacionarse con el objeto de este trabajo. En su primera salida, Don Quijote, confundiendo al ventero con un castellano, le ruega que lo arme caballero: el ventero que era andaluz, i de los de la playa de Sanlúcar, no menos ladrón que Caco, ni menos maleante que estudiante o paje», le sigue el humor, i en alabanza de su inclinación le dice «que tal prosupuesto era propio i natural de los caballeros tan principales como él parecía i como su gallarda presencia mostraba; i que él ansimismo, en los años de su mocedad, se había dado a aquel honroso ejercicio, andando por diversas partes del mundo buscando sus aventuras, sin que hubiera dejado los Percheles de Málaga, Islas de Riarán, Compás de Sevilla, Azoguejo de Segovia, la Olivera de Valencia, Rondilla de Granada, Playa de Sanlúcar, Potro de Córdoba, i las Ventilla de Toledo, i otras mil diversas partes, donde había ejercitado la lijereza de sus pies i sutileza de sus manos». (Primera parte, Cap. III).

El socarrón ventero, torciendo así el sentido de la palabra «Andante», se retrata como un pícaro, i nos describe lo que ha dado en llamarse *mapa picaresco*, mapa que por cierto es incompleto.

También, en la escena del manteamiento del buen Sancho, nos encontramos con nueve picarones, pues

«quiso la mala suerte del desdichado Sancho que, entre la jente que estaba en la venta, se hallasen cuatro perales de Segovia, tres agujeros del Potro de Córdoba, i dos vecinos de la Heria de Sevilla, jente alegre, bien intencionada, maleante i juguetona (primera parte, cap. 17). Volvemos a encontrar otra alusión interesante, cuando don Quijote empieza por averiguar la causa de la prisión de los galeotes a quienes da libertad, porque Jenesillo de Pasamontillo, cansado de tantas preguntas, le dice que si quiere saber su vida lea la que él mismo ha escrito i que tiene empeñada en la cárcel, libro que según él «es tan bueno que, mal año para Lazarillo de Tormes, i para todos cuantos de aquel jénero se han escrito o escribieren; lo que sé decir a voacé es que trata de verdades, i que son verdades tan lindas i tan donosas, que no pueden haber mentiras que se les igualen». (Idem, cap. 22).

¿Se había propuesto tal vez Cervantes escribir alguna novela picaresca en forma autobiográfica cosa que, por algún motivo, después no hizo, o en esto hemos de ver sólo una alusión sin mayores proporciones?

Parece difícil averiguarlo, pero creemos que no está demás llamar la atención sobre ello.

La última alusión de esta índole, la encontramos en la segunda parte: ya se ha visto en el capítulo primero que los pícaros, como mozos mandaderos, debido a que eran muchachos de escasas fuerzas, se dedicaban casi siempre a la esportilla; pero vimos también, que los ganapanes, entre los moros, llevaban bultos pesados, i de ahí que no sea raro que para alabar la fuerza de alguien se le compara-

ra con un ganapán; esto hace Sancho al hablar de su hija que tiene «quince años, dos más o menos, gero es tan grande como una lanza i tan fresca como una mañana de Abril, i tiene una fuerza de un eanapán». (Segunda parte, Cap. 13).

Como es sabido, alguna de las Obras que dejamos mencionadas, sobre todo «La Jitanilla», tuvieron influjo en las literaturas extranjeras; pero no es este asunto que nos corresponde tratar.





CAPITULO VII.

UN CONTEMPORANEO DE CERVANTES

MARTÍNEZ ESPINEL I SU OBRA

Disposición, asunto i crítica del «Escudero Marcos de Obregón»

En 1618 apareció en Madrid, i también en Barcelona, otra de las novelas picarescas más interesantes i que lleva el título de «*Relaciones de la vida del escudero Marcos de Obregón*» por Vicente Espinel, natural de Ronda, nacido el 28 de Diciembre de 1551 i muerto en 1624 o 1623, i que dedicó su obra al arzobispo de Toledo don Bernardo Sandoval i Rojas. Conocido fué Vicente Martínez Espinel en el mundo de las letras como poeta de sutil ingenio, ingenio que le sujirió, según creen algunos, la invención de la estrofa cuyo nombre se deriva de su apellido: nos referimos a la *espinela* o décima, que

no es sino una combinación de dos quintillas; también, en música, se le debe el haber agregado una quinta cuerda a la guitarra, que entonces no tenía sino cuatro.

Parece, como Espinel declara en el prólogo, que dudó mucho tiempo sobre si daría o nó a luz su obra, pues la confianza i desconfianza le hacían «una mui trabada e interior guerra», hasta que le decidió a ello, el hecho de que alguien se aprovechara de parte de sus borradores; pero antes de publicarla, consultó varios ingenios de su época, i, entre otros, es interesante mencionar que consultó aún a Lope de Vega, que había tenido primero por modelo a Espinel. He aquí lo que el autor dice refiriéndose a esto: «como él se rindió a sujetar sus versos a mi corrección en su mocedad, yo en mi vejez me rendía pasar por su censura i parecer», declaración que honra a Espinel i que habla mui alto de su sencillez i poco orgullo.

Salido mui joven de Ronda, estudiante en Salamanca, soldado en Italia i Flandes, servidor, a su vuelta en varias casas nobles de España, donde llega a obtener una capellanía en el hospital de Ronda, la vida misma de Espinel, adornada de los recursos literarios, se prestaba maravillosamente para escribir una novela, i es por esto que las aventuras del escudero Marcos tienen mucho de la vida del autor, quien al calor de sus recuerdos, no puede menos que describir por estenso los lugares que el mismo recorrió, lo que a veces hace fatigosa la lectura.

Las aventuras de este escudero se dividen en tres partes o *relaciones*, cada una de las cuales va inte-

rrumpida por un sinnúmero de *descansos* que equivalen a otros tantos capítulos: por todos, incluyendo el epílogo, 64 Capítulos, que, por ser descansos, van sin encabezamiento. De acuerdo con nuestro plan, damos a continuación un resumen de la obra.

Empieza Marcos contándonos lo que le sucedió ya después de viejo, sirviendo en Madrid al Doctor Sagredo, a cuya esposa, doña Margelina, evita caer en la deshonra; agradecida al fin, la señora toma a Marcos un amor *filial*; pero por fuerza han de separarse, pues el escudero no puede acompañar al matrimonio que se va a un pueblo de Castilla la Vieja. Se propone después, servir a un hidalgo como maestro de dos niños; pero convenciéndose de que en esa casa reinan el hambre i la intriga a la par, huye de ella al primer día, Al siguiente, habiendo ido al humilladero del Anjel de la Guarda, cerca de Madrid, lo sorprende la tormenta; pero se libra de ella gracias al hospedaje que le ofrece el ermitaño: es a este ermitaño a quien Marcos cuenta toda su vida, para pasar la noche, empezando por declarar cuál es su pueblo natal, que, por supuesto, es el mismo de Espinel, Ronda, que «cría tan gallardos espíritus, que ellos mismos apetecen la comunicación de las grandes ciudades i universidades, que purifican los ingenios i los hinchén de doctrina.» (Relación primera, descanso IX).

Sale Marcos de Ronda con intención de seguir estudios en Salamanca, i durante los días que se detiene en Córdoba, para esperar al arriero que ha de llevar los estudiantes a aquella ciudad, se burla de él un marchante, quien lo hace gastar en comida i vino, desvaneciéndole los cascos con alabanzas;

pero Marcos no se deja burlar así no más, i, luego, toma su desquite. En el camino a Salamanca el arriero por quedar solo con una mujercita, amedrenta a los estudiantes; Marcos en su huída llega de noche a un sitio en que contempla un cuadro horroroso: un ahorcado i una mujer de tétrica apariencia que llora la muerte de su marido asesinado i de su amante ajusticiado. En Salamanca lleva por tres o cuatro años la vida llena de aventuras i miserias de todo estudiante pobre, i al cabo de ese tiempo sale de esa ciudad, «sin el dinero que bastara para dejar de ser peón», para ir a recibir cierta donación de un pariente. Pasa en esta ocasión por Toledo i ciudad Real, i en el trayecto de esta última a Almodóvar, se junta con otro joven como él; luego encuentran a dos jentiles hombres que resultan ser ladrones que, teniendo noticias de dos ricos comerciantes que van a la feria de Ronda, los esperan i les roban todo su dinero en el juego, dinero que Marcos después recupera i entrega a los comerciantes, quienes, agradecidos de su honradez, siguen en su compañía, lo festejan i cuando él tiene que apartarse para seguir a Málaga, le dan un macho i dineros. Este macho, espantadizo, huye en cierta ocasión asustado de una serpiente, con la cual el mismo Marcos pasa gran trabajo; lo busca por las orillas del Guadalquivir i en un pueblo cerca del Caspio, lo encuentra en poder de unos jitanos, de quienes lo recupera con ayuda de la justicia. Llega por fin a Málaga, cuyos encantos celebra el autor por estenso, i sale luego de aquí camino a Ronda, en el que escapa, gracias a sus astucias i al desembolso de algún dinero, de haber pasado

un mal rato con una partida de jitanos. De Ronda pasa nuevamente a Salamanca, con intención de enrolarse en una armada que fracasa, i luego va a dar a Bilbao, donde por enamorado apenas si escapa de ser muerto por las ruedas de un molino. Después de conocer Navarra, llega a Zaragoza, donde sirve en casa de un principé i donde pasa también algunos trabajos que lo obligan a trasladarse a Valladolid, ciudad en que Marcos se niega a tomar parte en una cruel burla de que algunos hacen víctima a un tacaño i diminuto señor que se empeña en aumentar su estatura. De Valladolid, pasando por Madrid, se va a Sevilla, con intención de pasar a Italia o Africa, gozando, mientras llega e^l momento, «de la grandeza de aquella ciudad, llena de mil excelencias, tesorera i repartidora de la inmensa riqueza que envía el mar Océano». (Relación II, descanso II). En Sevilla, donde Marcos pasa algún tiempo, «viviendo de noche i de día inquieto con pependencias i enemistades», tiene que habérselas con un valentón, a quien consigue desarmar, i, más tarde, cuando aquél trata de tomar el desquite, colocando por medio una hermosa mujer, deja burlado. Luego se embarca en Sanlúcar, en servicio del duque de Medina-Sidonia, que lleva tropas a Italia; pero, obligado por una tormenta a desembarcar en la isla Cabrera, un día que Marcos i algunos compañeros se internan en ella, les sorprenden ciertos piratas berberiscos, mandados por un español renegado, que los lleva a Arjel, donde pasa a ser esclavo de su renegado compatriota, que lo utiliza como maestro de sus hijos, a quienes Marcos instruye en la doctrina cristiana. Por fin, des-

pués de haber prestado un gran servicio al Virrei, de Arjel, descubriendo al autor de un cuantioso robo, consigue su libertad, i sale de Arjel, dejando mui triste a la hija del renegado que estaba algo enamoradilla de él. Pero todavía no terminan sus trabajos, pues la galeota en que él iba era la del famoso pirata renegado i al apresarlo un buque italiano, lo confunden con aquél i lo amenazan con la horca; pero pronto es reconocido como el autor de algunas coplas que cantan los marineros, i, tratado con toda consideración, llega a Jénova, de donde pasa a Milán, no sin antes haber estado preso en un pueblo por dar una cuchillada a un labrador que había tratado de engañarlo: consigue escapar de la cárcel, aprovechándose de la ambición del carcelero a quien hace creer que es poseedor del secreto de la piedra filosofal, lo que le permite convertir todo metal en oro. En Milán sirve tres años para pasar después a Turín, de donde pronto vuelve a Milán desenmascarando en el camino a un solitario que estafa a la jente dándoselas de nigromántico. Dispuesto a volver a España, toma el camino de Venecia, i llega así a alojar en casa de un noble italiano, llamado Aurelio, quien le cuenta la tragedia de su vida, como ha muerto a Cornelio, un favorito, a quien cree que le había quitado su honra, a otro criado, i como tiene a su esposa a pan i agua hasta que muera; pero con la intervención de Marcos todo se arregla; el caballero, que ve recuperada su felicidad, le obsequia joyas i dineros, con que nuestro escudero llega a Venecia, donde una elegante prostituta trata de engañarlo finjiéndose hermana de Aurelio i de quien Marcos, astuta-

mente, consigue recuperar el dinero que ya creía perdido; pero su temor es tal que decide poner, no tierra, sino agua por medio. Después de algunos sufrimientos (naufrajio), logra llegar a España, i va a establecerse a Madrid como servidor de un príncipe; pero con tan mala estrella que por una desgraciada coincidencia tiene que ir a la cárcel donde permanece más de tres meses. Al salir de la cárcel, dice Marcos, «fui ayo i escudero del doctor Sagredo i su mujer doña Margelina de Aybar, hasta que los dejé o me dejaron» (Relación III. Descanso XIII): en esto tenemos que hacer notar una inconsecuencia en el plan: hemos visto que al principio del libro, desde el descanso II, Marcos nos cuenta sus aventuras mientras sirve a Sagredo, relación que hace con ocasión de encontrarse disertando sobre la paciencia i la cólera; i sigue después diciéndonos cómo, encontrándose solo i pobre, un hidalgo quiere tomarlo para ayo de sus hijos, de cuya casa él huye i va a dar al humilladero del Anjel de la Guarda, i es ahí donde está contando sus aventuras desde el principio al ermitaño; i, sin embargo, parece que ahora se olvida de esto, porque, lógicamente, su narración debía concluir aquí, pues mal podía contar aventuras que no había tenido, estando, como estaba, encerrado en la ermita, charlando al calor de la lumbre durante una sola noche; pero, como veremos, Marcos sigue adelante; i nosotros también, dejando anotada esta inconsecuencia, seguiremos en nuestro resumen. Después de servir al doctor Sagredo, Marcos determina quitarse «de tanto ruido como el de la corte i buscar quietud en tierras más templadas»; i pasando por Córdoba, lle-

ga a Málaga, a tiempo que había anclado un bergantín en el cual tiene la gran sorpresa de encontrarse con los hijos del renegado español que lo había tenido como esclavo en Arjel, quienes habían huído a España, tanto por conocer una nación de la cual tantas maravillas les había contado Obregón cuanto por hacerse cristianos, i a quienes vuelve así a encontrar el viejo escudero después de ocho años.

Abreviando, Marcos se dirige a Ronda; pero antes de llegar es secuestrado por una partida de ladrones, los cuales, luego después, traen otro cautivo el que resulta ser el doctor Sagredo, quien cuenta sus viajes por el nuevo mundo i unas supuestas i extravagantes aventuras que hacen recordar las de Gulliver, con gigantes idólatras, i, por fin, la pérdida de su esposa al llegar frente a las costas de España; pero resulta que doña Margelina no había muerto: disfrazada de paje, cae también en poder de los bandidos, encontrándose así reunidos otra vez los tres, aunque en situación mui diferente. Pero luego, el capitán de los ladrones concede la libertad a los tres, i a este punto de la narración, el ermitaño, que ha estado escuchando las relaciones de Marcos, «dando grandes muestras de admirarse de lo que había oído, dijo que ya se podía pasar por la puente», pues, por estar ésta intransitable, se había refugiado Obregón en la ermita.

Como puede comprenderse por el argumento que damos, las aventuras del escudero Marcos, si tienen mucho de picarescas por la vida llena de sufrimiento i de miserias que éste lleva, no tienen nada de pícaras, punto en que difieren esencialmente

de las aventuras de otras novelas de este jénero; Marcos no comete ninguna mala acción, no es un ladrón como Guzmán o Pablos; por eso, no había necesidad alguna de hacer disertaciones morales que precavieran contra los vicios del protagonista; sin embargo, toda la obra es casi una continua lección de moral, de virtudes. Es claro que no son los actos de Marcos los que dan ocasión a estos sermones, sino los vicios que éste observa en otros. Así como se dijo al tratar del «Guzmán de Alfarache», que se podía explicar la tendencia moralizante de Alemán, si teníamos en cuenta que escribió su obra en edad avanzada, lo mismo puede repetirse en esta ocasión: «El escudero Marcos» es también el fruto de la edad proveyta de Esquivel, quien, al recuerdo de su juventud, «edad que me pesa en el alma que haya pasado por mí», según él dice, no puede menos que vaciar en el papel los pensamientos i consejos que le sujere su larga esperiencia. I tal vez sin darse cuenta, los mismos consejos i pensamientos, aunque en variada forma, los repite tan a menudo en el trascurso de la obra que, aunque el lector no lo quiera, por fuerza han de quedar grabados en la memoria. Es, pues, el «Escudero Marcos de Obregón», un libro que encierra un gran caudal de moralidad, con lo que Espinel no hace sino cumplir con su propósito, con su principal intento, cual es «enseñar a tener paciencia, a sufrir trabajos i padecer desventuras». (Relación I, descanso XII), por lo cual, en el prólogo, nos llama la atención hacia el modo en que debe leerse la obra, haciéndonos al mismo tiempo un pedido: «Yo querría en lo que escribo que nadie se contentase con leer la corteza

porque no hai en todo mi Escudero hoja que no lleve objeto particular fuera de lo que suena».

En otros escritores como Ubeda i Quevedo, hemos anotado el hecho de que a veces insisten demasiado en escenas de carácter íntimo, en situaciones difíciles i como una comprobación de lo que dijimos hablando de Quevedo, respecto de que una obra no perdería sino ganaría, suprimiéndole esos pasajes, tenemos que «El Escudero Marcos» que carece de ellos, es considerada con justicia como una de las mejores novelas españolas, tanto por su contenido, por sus tendencias, como por su forma.

Porque en cuanto a su estilo, sólo podemos decir que es encantador por su sencillez i que aun un niño puede leer el libro sin mayor dificultad: no hai retruécanos, hipérboles exajeradas, etc., i el mismo autor se encarga de decirnos, en el último descanso por qué escribió su novela en estilo sencillo: «Escribí en lenguaje fácil i claro, por no poner en cuidado al lector para entendedorlo». I con esto hizo muy bien i dió una lección elocuente a los gongoristas, i por ello ganó su obra en popularidad. También gana en amenidad su lectura con la oportuna intercalación de numerosos cuentos, historias i anécdotas, que, desviándose de la narración principal, concurren, sin embargo, al mismo fin.



CAPITULO VIII.

Las obras picarescas de los escritores Alonso de Salas Barbadillo i Alonso del Castillo Solórzano

Para seguir el orden cronológico que hemos adoptado, nos correspondería hablar ahora del «Lazarillo del Manzanares», obra aparecida en 1620, cuyo autor es Juan Cortés de Tolosa i que por ser una infeliz imitación del «Lazarillo de Tormes», no merece ocupar mayor espacio que el de una citación. Pasando, pues, por alto esta obra, entraremos a tratar de los dos fecundos escritores con cuyos nombres encabezamos este capítulo i que incluimos en este lugar, alternando un poco este orden cronológico por haber escrito varias obras en diferentes años.

Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo (1551-1635) i Alonso del Castillo Solórzano (1584-1649), tienen de común no sólo su nombre de pila, sino su gran

fecundidad, un ingenio más notable por su expansión, por lo extenso, que por lo profundo.

Salas Barbadillo se firmaba «criado del rei»; pero aunque no se sabe en qué calidad le servía, debió de haber sido un empleo mui humilde el suyo, pues parece que tuvo que escribir para comer. Sus obras son numerosas, i constan en su mayoría de comedias i novelas de carácter picaresco. De estas últimas, o sea novelas picarescas, que son las que aquí nos interesen, las principales son: «La ingeniosa Elena, hija de Celestina» (Lérida, 1612) cuya heroína es Marina, «El sutil cordobés Pedro de Urdemales» (1620) «La sabia Flora mal sabidilla» (1621), novela dialogada, i otras de menor importancia. Además de estas novelas tiene, como hemos dicho, una serie de comedias de carácter picaresco, i una obra titulada «El curioso i sabio Alejandro, fiscal i juez de vidas ajenas» (1615) que consiste en una serie de seis cuadros, en que el autor personifica i ridiculiza diferentes vicios, i que pueden figurar al lado de las narraciones de igual índole invectiva de Quevedo.

Para que este trabajo fuera completo, deberíamos considerar aquí por separado, las novelas picarescas que dejamos mencionadas; pero, aunque los deseos no nos han faltado, nos ha sido imposible hacerlo, porque no hemos podido encontrar ni siquiera «La Ingeniosa Elena», que muchos críticos tienen por la más importante, a pesar de haberla buscado en todas partes, incluso en la Biblioteca Nacional. El hecho de la escasez de las obras de Salas Barbadillo (como también de las de Castillo Solórzano) sólo puede explicarse teniendo en cuenta

que es un autor de tercera categoría, i del cual sólo desde poco tiempo atrás han empezado a preocuparse los críticos, más por curiosidad bibliográfica que por admiración al autor. Así, pues, juzgando de su estilo sólo por la lectura de «El curioso i sabio Alejandro», diremos que éste es sencillo, correcto i ameno, su lenguaje es fluido, libre del gongorismo que por aquel entonces hacía su presa en la mayoría de los escritores, i, libre también de barbarismos i de ahí que pueda decirse con uno de sus panejiristas que «escribió siempre en lenguaje verdaderamente castellano, no intentando introducir otro extranjero como los que lo afectan, ignorando el propio».

No menos fecundo que Salas Barbadillo es su contemporáneo *Alonso del Castillo Solórzano*, maestro-sala que fué del virrei de Valencia, marqués de los Vélez, i cuyas últimas obras datan de 1649. Cultivó el género histórico; pero su fuerte principal está en las novelas picarescas, de las cuales las principales son: «Las arpías de Madrid i coche de las estafas», «La niña de los embustes, Teresa del Manzanares», «Las aventuras del bachiller Trapaza», i «La Garduña de Sevilla» (Logroño 1634), su obra más importante. Las tres últimas, forman una especie de trilogía, pues, la protagonista de la Garduña», por ejemplo, es hija de Trapaza, héroe de la anterior.

Como se ha dicho, la más importante i a la vez más conocida de estas novelas de Castillo Solórzano, es «*La Garduña de Sevilla i anzuelo de las bolsas*», obra de que trataremos a continuación.

Estefanía, viuda de un rico jenovés, por celo ha-

bía hecho poner en presidio a Trapaza; pero al fin como tenía una hija de éste, lo saca de galeras, se casa con él, i ella, que había sido una pícara, por amor a su hija se rejenera; más no así Trapaza, quien, después de haber malgastado la fortuna de su mujer, es la causa de su muerte. La hija de éstos, Rufina, queda entonces a los 12 años de su edad al cuidado del indolente Trapaza, i como quiera que siempre sale «de tal palo tal astilla», Rufina luego empieza a mostrar sus buenas habilidades, hasta casarse con un tal Saravia, viejo indiano con quien Rufina se propone llevar la vida de lujo que anhela. Pero el marido, que era avaro, no sale a pedir de sus deseos, lo que hace que Rufina para satisfacer sus caprichos, le sea infiel; pero se estrena con tal mala estrella que a la primera ocasión es burlada por un tal Roberto, quien después mata a Trapaza en un duelo, cuando éste, sabedor del engaño de que había hecho víctima su hija, trata de vengarse. Muerto su padre, Rufina sigue llevando la misma vida de coquetería, i en un paseo, astutamente, hace caer en sus redes al incauto Feliciano, de quien piensa sacar provecho i servirse también para vengarse de Roberto, cuya burla no ha olvidado.

Ambas cosas las consigue, pues, habiendo vuelto Roberto a cortejar a Rufina, se encuentra una noche con Feliciano, hacen luego los aceros sus oficios, i el primer burlador de Rufina cae muerto bajo una ventana de la casa de ésta, pero todo esto, no sucede con tanto silencio que el pobre Saravia no se imponga del doble adulterio de su mujer, lo que lo hace pensar en la venganza; mas su dolor

era tal «que fué bastante para ahogarle los espíritus vitales i acabar con su vida», antes de realizar aquella. Viuda i pobre, Rufina se da de lleno a una vida de pícara i en compañía de un tal Garay, amigo de su difunto padre i a quien hace pasar por tío, logran hacer víctima de un robo a un viejo avaro, llamado Marquina; para esto se introduce Rufina en la quinta que este tiene cercana a Sevilla, dándole resultado una ingeniosa tramoya; la llave de la cual estaba en hacerse amar de Marquina, le roba más de 4 mil escudos de oro i dos mil en plata, que éste deja enterrados por huir de la justicia con la cual se creyó estar comprometido por haber muerto a un hombre, que no le era sino en la figura, pues, era un espantajo de paja. Rufina i Garay, antes de ser habidos por la justicia, decidieron pasar a Madrid, i en el camino entre Carmona i Córdoba, un sacerdote que va en el mismo coche que ellas, lee la novela «Quien todo lo quiere, todo lo pierde», que ocupa gran parte del cap. VI, hasta el VIII inclusive. A las puertas de Córdoba, Garay i Rufina por atender a un hombre herido en duelo, son retenidos en prisión mientras se aclara el hecho; una vez en libertad, Rufina, que había caído enferma, va a vivir a casa de un rico jenovés que «podía mui bien ser segunda parte del sevillano Marquina» i, en efecto, lo fué hasta para los tiros de Rufina, pues ésta, en compañía de su finjido tío Garay, que se hace pasar por alquimista i poseedor del secreto de la piedra filosofal, logran hacerle un robo por la cantidad de 6,000 ducados, empresa que se les hace fácil contando con la avaricia del jenovés i con el amor que le inspira la hermosura de Ru-

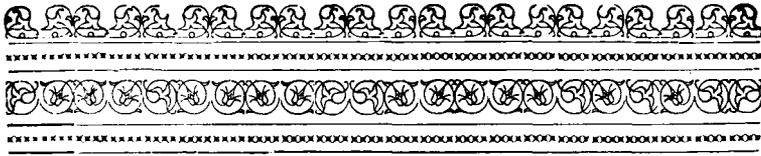
fina. Hecho el robo mientras el jenovés se encuentra ausente, huyen los dos a Málaga. En el camino vense obligados a refugiarse en un bosque mientras pasa una lluvia, i en este bosque tienen la dicha de oír la conversación de tres ladrones que se disponen a hacer un cuantioso hurto que luego han de dejar en custodia de un ermitaño que se hace pasar por santo, siendo un grandísimo bribón encubridor de latrocinios.

Esto abre el apetito de los dos asociados que luego se proponen hacer llegar a sus manos el fruto de tal hurto, para lo cual trazan un plan: Rufina que se finje perseguida, logra obtener albergue en casa del ermitaño Crispín, a quien cuenta una triste supuesta historia de su vida, i quien, no siendo un menospreciador de la beldad femenina, la festeja. Vive Rufina en la ermita varios días, al cabo de los cuales los ladrones llegan con el fruto de su robo, tienen una buena cena, i uno de ellos, ex-estudiante, cuenta, para pasar la noche, la hermosa novelita: «El conde de las legumbres» que ocupa los cap. 12, 13 i 14. A la noche siguiente, Rufina da un narcótico a Crispín i así logra sacar de la bóveda todo el dinero, que luego pone en cobro con ayuda de Garay que está a la expectativa; huye luego a Toledo, pasando por Málaga, donde deja un aviso a la justicia desenmascarando a Crispín; acude la justicia una noche a la ermita i apresada toda la banda de ladrones, los que son condenados a muerte; pero Crispín logra huir de la cárcel, se va a Jaén i de ahí a Toledo, donde cambiado el traje, afeitado el rostro i ciñendo espada, parece otro. En Toledo reconoce un día de misa a la que

lo había burlado i prepara su desquite, para lo cual la hace seguir de otro compañero, quien logra saber que Rufina se hace pasar por la viuda Emerenciana de Meneses, llegada de Badajoz; Crispín, para lograr su intento, hace entrar a casa de Rufina a su compañero Jaime, que haciéndose pasar por un caballero, finje ser perseguido de la justicia por una muerte i pide amparo. Rufina, «que estaba ajena de aficionarse sino solo a la moneda», siéntese ahora, sin embargo, inclinada al mancebo que en verdad era guapo, i no le niega albergue. Para entretener a Rufina, Jaime le narra la novela «A lo que obliga el honor», que ocupa los cap. 17 i 18 i parte del 19. No salió Crispín mui bien parado de la venganza que se prometía, porque no contaba con que Jaime podría enamorarse de Rufina, como en efecto sucedió: ambos se sienten enamorados, se quitan las caretas, i tratan ahora de engañar al ex-ermitaño, cosa que le fué mui fácil a Jaime: no contentos con ésto, lo denuncian a un alguacil i el pobre Crispín paga en la horca sus pasados delitos. En tanto Jaime i Rufina huyen a Madrid, donde aquél, haciéndose pasar por autor, vestido con «una loba mui traída, i aún manchada, requisito de poetas», distrae a un director de compañía para leerle una mala comedia, mientras otros cómplices le roban de su posada todo el dinero que tiene. Con esto, Jaime i Rufina huyen a Zaragoza, donde se establecen con una tienda i pasan su vida honradamente.

De los veinte estensos capítulos de que consta esta novela, hemos visto que nueve se dedican a historias intercaladas; pero estas novelitas no ha-

cen sino aumentar el valor de la obra, cosa que, como veremos, no sucede con otros autores (v.gr. Céspedes; «El soldado Píndaro») que no usan prudentemente de este recurso literario. Por la trama de la obra, puede verse que está cortada por el mismo padrón que todas las novelas picarescas, i que su protagonista tiene mucho parecido con los de otras novelas: los hurtos de Rufina, llamada la Garduña, por ser astuta como ese animal, hacen recordar los de Justina; pero en lo que Castillo Solórzano lleva indiscutible ventaja a López de Ubeda, es en estilo i locución, pues aquél es más fácil, libre de los retruécanos i juegos de palabras, de que hemos visto que está plagado el de «La pícara Justina», i ésta es sencilla i evita los vocablos ridículos o exóticos, de los que el autor se ríe, haciendo decir a Jaime, al objetarse el empleo de la palabra «señoresa», que «El tiempo no está para otra cosa, sino para oír novedades, que lo común i trivial hasta los rústicos no se dignan de oirlo». Pero esto no quiere decir que el estilo sea perfecto, pues, el hecho mismo de que este autor haya escrito un gran número de obras, esplica el qué no haya tenido tiempo para pulirla, por lo que se resiente de algunos descuidos i de cierta aspereza, sobre todo en sus primeros capítulos, que nos hacen comprender claramente que Castillo Solórzano escribía con mucha lijereza.



CAPITULO IX

Otras dos novelas picarescas notables: «Alonso, mozo de muchos amos» i «El soldado Píndaro»

ASUNTO I CRÍTICA DE ESTAS OBRAS.

En 1624 apareció en Madrid la primera parte de «Alonso, mozo de muchos amos», cuya segunda parte se publicó en Valladolid en 1626, por el *doctor Jerónimo de Alcalá Yañez i Rivera* (1563-1632), natural de Segovia, donde ejercía su profesión de médico. Jerónimo de Alcalá había publicado ya una obra de piedad que no tuvo éxito, i por eso, temiendo que con «Alonso» le sucediera lo mismo, el autor se anticipa a decirnos de su libro que «este será el postrero, con propósito firmísimo de que no ha de escribir más libros si no fueren tocantes a la facultad que profesa»; sin embargo, como dejamos dicho más arriba, en 1626 aparecía la segunda

parte i probablemente lo hizo desistir de su anterior propósito, la benévola acogida que tuvo «Alonso».

El argumento de la primera parte, es como sigue: siendo Alonso donado (sirviente de una orden relijiosa, que viste cierta especie de hábito, pero sin hacer profesión) de cierto convento, donde está ya catorce años viviendo «con más gusto i contento que si estuviera en los palacios de los monarcas de la tierra», el vicario, que ha oído hablar de su vida anterior, le pide que se la cuente por estenso durante los paseos que hacen por las tardes. Alonso accede i da cuenta de su vida desde su nacimiento, ocupando en ello varias tardes que corresponden a otros tantos capítulos.

Natural de Andalucía, Alonso queda huérfano en la cuna, i tiene que criarse al lado de un tío cura, cuya casa «bien pudiera servirme de purgatorio», i donde «el poco dormir, el mucho madrugar, el andar de día i de noche, era insufrible» (pasaje es éste en que puede notarse la influencia de Cervantes, mui dado a usarlos semejante). Huye Alonso de casa de su avaro tío, i va a dar a Salamanca, donde sirve de criado a cuatro estudiantes estafalarios i pendencieros que concluyen por tomar hábito relijioso, después de lo cual Alonso, que no siente vocación por el claustro, se enrola en una compañía de soldados que asuela todas las aldeas por donde pasa, haciéndose tan odioso, que en una reyerta con ciertos labradores, es muerto el capitán i los demás tienen que recurrir a sus pies para librar con la vida. En la primera aldea a que llega, Alonso, logra entrar al servicio de un sacristán que tenía mui «poco respeto a los altares i a las

sagradas imágenes», i quien, enfadado de la intrusión de su servidor, a quien él llama «procurador de los embargos», que se cree con derecho a amonestarlo continuamente, concluye por despedirlo al cabo de dos meses del servicio de la iglesia, donde Alonso había notado tantos abusos de parte del sacristán i de los feligreses. Llegado a Toledo, acierta a colocarse con un matrimonio que se encuentra en plena luna de miel, matrimonio que se considera feliz i en que el novio parece ser dichoso, a pesar de que su mujer es «flaca, negra, tuerta i fea», en fin, una estatua viviente de la fealdad elevada a su máximo. Pero pasan los primeros meses del matrimonio, i el hombre se hace sentir en ese hogar, lo que ocasiona quejas i maldiciones de parte de la novia, a lo que el novio corresponde cariñosamente, alzando la mano «de cuando en cuando, emparejando entrambos carrillos» a su mitad. Aburrido de esta vida, Alonso abandona esta casa sin siquiera avisar, i toma el camino de Madrid, donde tiene la fortuna de entrar al servicio de un letrado, acabado de nombrar Alcalde mayor de Córdoba, ciudad que Alonso abandona a los tres meses de servicio (no sin antes haberse pagado él mismo su salario), porque, perseverando Alonso en su manía de aconsejar i predicar moral, llega a hacerse aborrecer de su amo i de sus amigos, siendo conocido como el soplancillo i hablador. De Córdoba Alonso se dirige a Sevilla, i en el camino, gracias a su astucia i a sus buenas piernas, escapa de que un mesonero lo case por fuerza i con apuro asombroso, con su hija. En Sevilla busca amo, pues, «aunque tenía bastante edad i cuerdo para arrimarse a algún

oficio, no sé que hallaba de contradicción en mí para no aprenderley; por fin se coloca con un médico, i en el capítulo correspondiente, que es uno de los más estensos, Alcalá Yáñez, defiende i hace un panejírico, por boca de Alonso, de su profesión.

Disgustado Alonso con el médico, se retira de su servicio después de seis meses, i se va a Valencia, donde entra al servicio de una hermosa i honesta, pero pobre viuda, en cuya casa sufre i ve sufrir las consecuencias de una pobreza estremada, pobreza de que un mulato quiere abusar para vencer la fortaleza de dicha viuda; pero ésta se defiende i prefiere ver muerto un hijito antes que entregarse; i, por último, consigue dar muerte al atrevido mulato. Interviene la justicia i Alonso, que entonces se encontraba fuera de la casa, es tomado preso en tanto se esclarece su inocencia. Una vez en libertad, pasa al Nuevo Mundo, al servicio de un alguacil mayor de Méjico, ciudad donde Alonso, gracias a algunos afortunados negocios, consigue levantarse tanto que llega a ser toda una personalidad, lo que no deja de llenarle de aire la cabeza; pero si rápida fué la subida, más lo fué la caída, porque toda su fortuna se la tragó el insaciable mar. Pobre i descorazonado vuelve a España, i en Sevilla entra al servicio de un autor de comedias, hombre bueno, pero que no toleraba insultos, i que en cierta ocasión da muerte a un hidalguete que lo ofende; Disuelta la compañía, Alonso entra a servir a unas monjas; pero una enfermedad le hace perder la colocación i al «fin, enfadado de conocer tantas i tan varias condiciones, i echando de ver la

vanidad del siglo, vine a este convento... donde ha catorce años que vivo».

Como dijimos más arriba, Alonso de Alcalá no había pensado escribir una segunda parte, i en el prólogo de la primera nos había prometido que ese sería su postrer libro; por eso, en el prólogo de la segunda empieza disculpándose con decir que sigue siempre la misma materia. Si el autor hubiese pensado en una segunda parte, al publicar la primera tal vez no habría dicho que su héroe estuvo catorce años de donado, porque los pícaros nos agradan más jóvenes. Ahora no es un vicario, sino un cura, que había conocido a Alonso, quien lo encuentra en una ermita dependiente de su curato, i le pide que le cuente cómo ha llegado a ser ermitaño. Empieza Alonso contándonos cómo después de ser tan querido del prior de su convento, éste le había tomado mala voluntad, concluyendo por despedirlo, todo debido a la inquieta lengua del buen Alonso que a todos trataba de corregir, i por lo que se originan todos sus disgustos con sus amos.

Después de abandonar el convento de Navarra, se interna en el monte, i es apresado por una banda de jitanos que le roban todo, hasta dejarlo en el traje de Adán.

Alonso sigue viviendo largo tiempo en compañía de los jitanos, adopta sus trajes i costumbres, aprende todas sus habilidades, i consigue igualarlos i aún superarlos, llegando a ser el brazo derecho del jefe o conde, cuya buena voluntad se capta por diversas hazañas. En cierta ocasión, encuentra en el bosque el cadáver de un caballero muerto en un duelo, lo despoja de sus vestidos, dineros i alha-

jas, i, viéndose bien puesto, se va a Zaragoza, donde llega a tener fama de entrometido, pues no hai fiesta a que no asista sin que se le convide. Termina por casarse en esta ciudad con una viuda, que tiene la misma profesión que la madre de Sócrates, i con quien tiene que sufrir las hechas i por hacer. Compadecido de él la suerte, lo deja viudo; pero, como toda su hacienda es arrebatada por sus hijastros, tiene que volver a sus vida de miserias. Logra entrar al servicio de un caballero portugués, i así, Alonso va a dar a Lisboa, donde lo hace vivir en perpetuo cuidado el amor que la hija de su amo tiene por un joven pobre. Cansado de las incomodidades que por esta causa tiene que pasar, pues como mayordomo, i más que todo, como agradecido, se cree con la obligación de velar por el honor de la casa, i, para librarse de probables conflictos futuros, abandona Portugal, i llega a Toro, en donde entra como aprendiz de un pintor que ningún honor hacía a la memoria de Apeles. Este pintor concluye también por disgustarse de los continuos sermones que Alonso le propina, i, comprendiendo Alonso su desagrado, lo deja i se va a Segovia, donde trabaja como aprendiz i obrero en las fábricas de tejidos; pero luego tiene que abandonar también esta ciudad, por haberse encontrado presente en una pendencia i para escapar a la persecución de la justicia, decide ir a Barcelona, pasando por Murcia. Al llegar a Alicante, se embarca junto con una compañía de cómicos en que encuentra algunos amigos; pero tiene tan mala suerte, que un temporal los arroja a las playas de Arjel, donde son hechos prisioneros i don-

de los moros terminan por matar a todos los de la compañía; Alonso se libra i siendo después rescatado, junto con otros cautivos, vuelve a España i decide pasar el resto de su vida como ermitaño.

Las dos partes de esta novela, suman un total de 23 capítulos, algunos bastante estensos.

Como en todas las novelas picarescas, el protagonista va haciendo la crítica de las diferentes clases de la sociedad a que pertenecen sus amos. Pero Alonso difiere de los demás pícaros que hemos conocido, en que no se contenta como Guzmán o Marcos, con observar i guardarse las críticas para sí, sino que se cree obligado a predicar a todos sus amos: trata de enmendar su conducta con sus consejos, consejos que por lo demás no tienen nada de extraordinario, no encierran una filosofía superior; son observaciones familiares que pueden servir para el manejo en la vida diaria i que sentarían mejor en boca de una buena vieja que en la de un muchacho. Esta tendencia a predicar es la que acarrea a Alonso todos sus disgustos con sus amos.

«Nunca segundas partes fueron buenas», se ha dicho i en este caso vemos está corroborado una vez más, pues, la segunda parte de «Alonso», es más pobre que la primera en inventiva, en situaciones i en concisión.

Como queda dicho, Alonso es un *sermonero* perpetuo, i no contento con esto, para dar mayor autoridad i fuerza a sus consejos, cita a cada paso casos parecidos, ya inventados, ya anecdóticos, de los que se pueden desprender conclusiones que concurren al mismo fin que persigue; por eso, a poco de hablar algo por su cuenta, Alonso sale con un

inevitable «esto me hace acordar del caso sucedido a Fulano», o algo parecido. Alonso es un torrente de palabras, i con razón, con el tiempo vino a conocerse el libro con el nombre de «El Donado hablador», calificativo que su protagonista se hizo digno de merecer..

No podemos dejar de reconocer los méritos de esta obra; dicción clara, lenguaje sencillo, fluido i sin afectación; desgraciadamente, Alcalá Yáñez, no anduvo acertado en dar a su obra una forma dialogada, porque no nos encontramos aquí con un diálogo vivo, interesante, como en «Rinconete i Cortadillo» por ejemplo, sino con uno pobrísimo: casi no lo consideramos diálogo, porque no es sostenido con igual viveza por ambos lados; son, más que otra cosa, interrupciones que hacen a Alonso, el vicario en la primera parte, i el cura en la segunda, interrupciones calculadas para dar margen a la esplicación de algún hecho de parte de *Alonso*.

Gonzalo de Céspedes i Meneses, autor del «El Español Jerardo» (1615), i de varias otras obras de menor importancia, publicaba en 1626 en Madrid la novela titulada «*Fortuna varia del soldado Píndaro*», perteneciente al jénero picaresco. La obra está dividida en dos libros que suman 51 capítulos, sin encabezamiento alguno; antes de empezar la narración hai una introducción en que el autor dice que no hace sino publicar las aventuras que el mismo soldado Píndaro había escrito i que le había confiado como recompensa por ciertos servicios.

Sabido es cuán favorecida era en el período clásico de la literatura, la costumbre de suponer ajenos los escritos publicados, i así nunca faltaba un Cide Hamete a quien dar por autor: era costumbre tan en boga como aquella otra de prometer continuaciones que nunca aparecían.

Píndaro, que no es un pícaro de baja estracción, sino hijo de un caballero que por cierta desgracia se ve obligado a vivir incógnito, abandona su hogar a los 12 años de su edad i en compañía de otro muchacho llamado Figueroa, se va a Toledo, ciudad cercana a la aldea de su residencia, i llega allá después de pasar por Torrijos, (donde, de resulta de cierta aventurilla, debe quedar guardando cama el compañero), medrado de dinero, gracias a su buena astucia. Lo primero que Píndaro ve, llegado a Toledo, es una muchedumbre de jente que se apronta para ver el ajusticiamiento de un noble anciano, que se ve libre de tan doloroso trance por llegar en oportúnísimo momento una orden del rei. Curioso de averiguar el hecho, Píndaro ve satisfechos sus deseos con la narración que de las causas de este acontecimiento hace un sacerdote: esta narración forma una novelita independiente que ocupa los capítulos III i IV i que podríamos llamar de Luis i Teodora, o del anciano Quevedo, por ser este el nombre del personaje que más se destaca. De Toledo, Píndaro decide pasar a Sevilla, i habiendo llamado en el camino a un convento de Tembleque, el padre guardián lo confunde con un sobrino que había huído, i, nuestro amigo, viendo que de este engaño obtendría buen traje i dinero, concluye por dejar al reverendo padre i

supuesto tío en su error; pero como este mandara dejarlo nuevamente a Toledo, en el camino, Píndaro huye de sus guardianes i vagando, vagando, llega por fin a una ciudad de Estremadura, que no se nombra, donde logra ingresar a la casa de un príncipe castellano, al servicio de su sobrino. Desde el cap. IV al VIII inclusive, no se hace sino contar los desgraciados amores de este sobrino del príncipe, don Gutierre, con la hermosa Hortensia, mujer casada con un viejo, amores que terminaron con la muerte de Hortensia, que no puede resistir al dolor que le causa la certeza de su imposible amor, i, con la entrada a un convento de don Gutierre.

Tenemos así otra estensa novela intercalada que solo indirectamente se relaciona con la obra. En seguimiento de la casa del príncipe, Píndaro pasa a Sevilla, donde, en compañía de otro mancebo de su edad, llamado Francisco de Silva, lleva una vida de pendencias i fanfarronadas, llegando a pertenecer a una famosa sociedad de bravos de profesión, hasta que deciden pasar a América, yendo a embarcarse a San Lúcar. Antes de llegar a este puerto, sin embargo, tiene una estraña i estravagante aventura con una que se supone hechicera; en esta fantástica narración i otra análoga, se ocupa gran parte del capítulo XVI hasta el XVIII, inclusive. En San Lúcar tiene lugar el desenlace de una aventura que a Píndaro había acontecido en Sevilla, donde, por equivocación, se le había dado un cofre con joyas, dinero i cartas de amor, lo que da ocasión para intercalar la novela de los amores de la bella Elvira que ocupa desde el cap. XIX al

XXII. Hace luego Píndaro su proyectado viaje a América, i pronto otro, i, con el producto de negocios hechos en ambos, después de haber sido abandonado por su amigo Francisco de Silva, vuelve rico a su hogar, al que llega a tiempo para cerrar los ojos a su padre. Hasta aquí llega el libro primero, i, para hacer notar cuán gran parte ocupan las narraciones ajenas a la trama principal, hemos indicado el número de capítulos que éstas ocupan de los 23 que tiene el primer libro.

Después de dejar a su madre instalada en una villa cercana a Madrid, Píndaro pasa en compañía de un hermano a Valladolid, residencia de la corte, i allí «olvidado de mi adversa fortuna, de mis principios cortos, de mis necesidades i trabajos», i lujosamente vestido de soldado, sólo se preocupa del buen arreo de su persona.

Una bella dama de alto copete se enamora de él; pero estos amores se guardan con tanto secreto i misterio, que el mismo Píndaro, que se deja llevar siempre a casa de la dama en una litera cerrada, ignora la condición i domicilio de su dueño, i, cuando casualmente llega a descubrirlo, la dama que era casada, i que teme ver divulgado su secreto, decide hacerlo matar una noche en que, confiadamente, Píndaro concurre como de costumbre a la cita; pero después de grandes trabajos, consigue escapar de la muerte, aunque mui mal parado. Para librarse de las asechanzas de que es víctima, de parte de su ex-querida, Píndaro decide pasar a Madrid; pero no logra esto sino después de algunas aventuras (salteo) que bien pudieran haber costado la vida a él i a las otras personas que ocupaban

el coche de posta. Entre esas persona iba una señora i su hija, una hermosa niña que tenía por cabellos «las más ricas madejas de oro fino que vió el Tajo en su Arena ni el Arauco en sus minas» (libro II cap. VIII) i esta niña se enamora de Píndaro, i tanto, que éste, que ya ha tenido lo bastante de amores para escarmentar, tiene que huir las ocasiones, que no son pocas, por cuanto, importunado por la madre que está agradecida, a sus servicios, se ve en la necesidad de alojar en su casa en Madrid. Para evitar mayores daños, Píndaro decide ausentarse i en buena coyuntura se ve en la obligación de pasar a Toledo, para averiguar ciertos asuntos relativos a su hermano. En la cárcel de Toledo, con gran sorpresa, encuentra a don Francisco de Silva, el compañero de su juventud que, como vimos, lo había abandonado en Sevilla i quien le cuenta las causas de encontrarse en ese lugar, que no son otras que la infidelidad de una mujer, que lo había puesto en la necesidad de matar a un rival. Estas aventuras de Silva que pueden considerarse como un cuento aparte, ocupan los cap. X i XI. Condolido de la suerte de su amigo, Píndaro decide salvarlo, i, al efecto, prepara la fuga; pero con tal mala suerte que por huir, los dos se separan. Píndaro después de pasar un día escondido en los alrededores de la ciudad, se dirige a Ocaña, donde al llegar, desde una ventana, le pasan un cesto, que no es otra cosa que el nido de una criatura recién nacida, a quien se le ruega cuidar, cosa que Píndaro hace gustoso, dejando el infante en poder de una aya. Se esclarece este misterio cuando, en el camino a Madrid, juntándose con un cura i un caballero, Pín-

daró oye de labios del primero i continuada por el segundo; la historia de los amores de Anselmo i Estela, hermosa i bien desempeñada novela intercalada que ocupa desde poco más de la mitad del cap. XIV hasta el XXI inclusive, con una corta interrupción en el XIX en que se narra cómo Píndaro encuentra nuevamente a Silva, que había sido apresado en una aldea, i a quien, acompañado de su mozo i del caballero antes nombrado, logra poner en libertad. Escapando de la furia de ciertos aldeanos que reconocen a su preso, llegan por fin a Madrid, de donde Píndaro, en compañía de su criado, pasa a Barcelona i se embarca para Jénova; pero víctima de una furiosa tormenta, varias de las galeras naufragan. Además tiene que sostener combates con piratas turcos a quienes toman algunos prisioneros, en uno de los cuales, al llegar a Malinas, en Flandes, después de haberle declarado éste ser español i de haberle contado su historia (que ocupa desde el cap. 26 al 28 inclusive), Píndaro reconoce al primer compañero de sus aventuras, a Figueroa, que como hemos visto, quedó abandonado en Torrijos. Luego muere Figueroa i entonces Píndaro pasa a Bruselas término de su viaje, con lo que termina la obra, i prometiéndonos antes el autor «sacar en breve espacio la resta que queda», promesa que, como la hecha por muchos otros, no cumplió.

Por esta breve noticia del asunto de la obra, puede verse que las aventuras de Píndaro ocupan la minoría de los 51 capítulos de la novela, pues 28 de ellos (sin contar cuentos menores) están destinados a narraciones independientes de, o solo in-

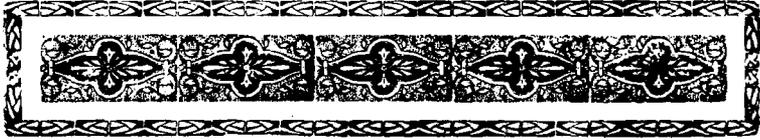
directamente relacionadas con las aventuras del héroe. Todas estas historias que podemos llamar anexas a la trama principal, si bien muestran la fecundidad del autor, hacen enfadosa la lectura, porque nos obliga a salvar continuas i largas interrupciones, interrupciones que hacen que el lector, olvidado de las aventuras del protagonista, pierda el interés. Esto no deja de reconocerlo el mismo autor i de pedir a veces disculpa por ello; i se defiende haciendo decir a Píndaro: «Por no faltar a la empresa que sigo, que es deleitar i divertir a los lectores, no escuso en los progresos varios de mi vida, parte ni circunstancia que pueda darles gusto, que no le saque a plaza» (libro II, cap. 22) i después lo hace agregar: «demás que también esta disposición trae consigo a veces enseñanza i doctrina» (idem, cap. 26). Diremos nosotros que será como el autor quiera, mas, «bueno es el cilandro, pero no tanto» (i escúsenos que nos valgamos de este dicho popular), porque no es artístico ni prudente, que en una menos estensa que «Guzmán de Alfarache», tengamos mayor número de narraciones intercaladas. Repetimos que esto hace perder el interés, además que, como estas historias son de carácter heroico, o mejor, romántico-heroico, por ocupar tan gran estensión, hacen que el carácter picaresco, que debe ser el principal, palidezca i pase a ser secundario: tenemos algo así como si las correrías del soldado fueran sólo un pretesto para dar lugar a la narración de dichas historias, historias que, por lo demás, tienen no escaso mérito. Además de stos dos elementos ya anotados, el picaresco i el

romántico-heroico, para que la heterojeneidad sea mayor, tenemos algunas muestras del fantástico en la aventura con la bruja, (cap. 16 al 18 del libro I) que nos hace recordar las hechiceras tan frecuentes en las obras de la literatura inglesa, i, también en los misteriosos amores que en Valladolid mantiene Píndaro con la recatada dama, amores que tienen mucho sabor a las aventuras de «Las mil noches i una noche».

Es también fácil notar la influencia de la «Celestina» en esta obra, v. gr. en el cap. I. al hablar del enamorado se le pinta así: «Su cautiverio siente, i deseándola, ni apetece ni quiere la amada libertad; su llaga advierte, i no admite la cura;... dulce le es la ponzoña, deleitable i sabrosa su amargura mortífera, apacible sus daños, sus tormentas gustosas», etc., lenguajes i pensamientos imitados de aquellos con que Celestina pinta a Melibea el amor, i, también en un pasaje del cap. XII. (libro I) en que hablando de los amores de Hortensia i Gutierre, hace a éste caer de una escala mal sujeta a una ventana, imitando así el pasaje de la muerte de Calisto, aunque en este caso don Gutierre no muere. La influencia de Cervantes creemos notarla en el hecho, de que Píndaro hace dos salidas de su casa, cosa con que no nos habíamos encontrado en los otros héroes picarescos, i en lo que se imita las salidas de don Quijote; además, así como Don Quijote en su segunda salida sale acompañado de su escudero Sancho, así también Píndaro sale con un criado.

La otra obra importante de Céspedes, «El Espa-

ñol Jerardo» (1615), ha sido criticada por su estilo gongorista; pero parece que en los once años que demoró en publicar «El soldado de Píndaro», se corrigió a este respecto, porque no podemos hacerle tal crítica: mui al contrario, el estilo es fácil, variado i ameno; tenemos un lenguaje, una locución, que fluye fácil i naturalmente.



CAPITULO X

EL OCASO DE LA NOVELA PICARESCA

- a) «El diablo cojuelo» no pertenece al jénero picaresco.—b) «Vida de don Gregorio Guadaña».—
- c) «Estebanillo González».

ASUNTO DE ESTAS OBRAS I ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE ELLAS

Bajo el reinado de Felipe IV (1621-1665) apareció la última de las novelas picarescas, «Estebanillo Gonzalez» (1646); pero cinco años antes, en 1641, había aparecido una obrita de corta extensión, pero de gran merito, con el título de «*El Diablo Cojuelo*». Verdades soñadas i novelas de la otra vida, traducidas a ésta, debidas a la fecunda pluma del dramático ecijano *Luis Vélez de Guevara* (1574-1644), obra que jeneralmente se tiene por novela picaresca. Quienquiera que haya sido el

primero en darle esta clasificación, pecó de lijereza, i demostró no estar bien al cabo sobre las características del jénero picaresco. En efecto, ya hemos visto que todas las obras que hemos examinado (a escepción de «Rinconete i Cortadillo») tienen una forma autobiográfica, el autor hace hablar a un protagonista, mientras él permanece oculto tras de bastidores; además, su mayor encanto en cuanto al fondo, consiste en las diabluras que hace el «pícaro» sirviendo, casi siempre, a muchos amos, i en las pullas que, sin desperdiciar la ocasión, lanza a cada paso contra las diversas castas sociales, ridiculizando siempre sus vicios i predicando a veces la enmienda. Sólo en el último punto, «El Diablo Cojuelo» no se aparta del jénero picaresco, pero no es una sátira indirecta contra la sociedad, no es una ridiculización de seres que sean una personificación de ciertos vicios, sino una ingeniosa i a veces cruel invectiva que va directamente a su fin. Se vale también el autor de un recurso literario que hace desempeñar en la obra papel principal a un ser imaginario extra-terrenal, el diablo cojuelo, lo que hace que esta divertida narración guarde más analogía con las obras de invectiva de Quevedo, «Los Sueños», que con las obras picarescas.

Para corroborar todo esto, no estaría demás, decir algo sobre el asunto de esta obra que consta de diez *trancos* o capítulos.

A las once de la noche, don Cleofas Leandro Pérez Zambullo, «estudiante de profesión, aprendía a gato por el caballete de un tejado, huyendo de la justicia que le venía a los alcances» por pedido de doña Tomasa, «doncella chanflona», que desea-

ba hacer pagar al pobre estudiante lo que él no había comido. Huyendo, se refugia en un zaquizamí, perteneciente a otro edificio, que resulta ser el laboratorio de un astrólogo, que en una de sus redomas tiene encerrado al diablo cojuelo, al que conserva como en escabeche, i, a quien don Cleofas da la libertad. Agradecido de este servicio, el cojuelo (cojo por haber caído el primero después de la rebelión celestial, lo que hizo que cayendo los otros sobre él lo estropearan) quiere galardonar al estudiante i volando lo lleva hasta el capitel de la Torre de San Salvador, «mayor atalaya de Madrid», i desde ahí, a la una de la madrugada, por su arte diabólico, quita los techos a todas las casas de la ciudad, descubriendo «la carne del pastelón de Madrid». De imajinar es todo lo que don Cleofas podría contemplar hasta llegar la madrugada, hora en que el cojuelo vuelve a colocar los techos. De día lleva al estudiante por calles para él nuevas, en donde le va mostrando las miserias sociales; pero también en el infierno hai corchetes, i, sabedores de la huída del cojuelo del poder del nigromántico, a quien Satanás lo había cedido, salen aquellos en su busca, i nuestro diablo con don Cleofas huyen por los aires i van a dar a Toledo, donde, alojados en el mesón de la Sevillana, todos los hospedados despiertan sobresaltados a media noche a los gritos de «fuego, fuego», que no son dados sino por un mal poeta, autor de comedias de tropel i ruido, «que se convertía tanto en lo que escribía, que había dado aquellas voces». Se burla así Guevara, como ya habíamos dicho en el capítulo VI, de esta especie de comedias de que él mis-

mo produjo muchas muestras. De Toledo, sin pagar las costas de la posada, por supuesto, pasan a una venta de Sierra Morena i luego a Córdoba i a Ecija, formando en todas partes tumultos i dejando no mui buenos recuerdos; pronto llegan a la cuesta de Carmona, donde pasan la noche, durante la cual interrumpe su sueño la pasada de la casa de la Fortuna, hablar de la cual, se ocupa gran parte del tranco VII. Pasan a Sevilla, adonde va en busca de don Cleofas, la dama burladora i burlada que no desiste de su propósito de cazar un marido; pero al fin don Cleofas consigue verse libre de los corchetes que lo habían apresado, gracias al falso dinero del cojuelo. Estando en Sevilla, i haciendo siempre uso de su poder, el cojuelo hace reflejar en un espejo lo que pasa en la calle Mayor de Madrid; se pasa así revista a un sinnúmero de nobles a los que se llena de alabanzas, lo que hace pensar que el autor trataba de congraciarse con ellos, ocupándose en esto el tranco VIII; en Sevilla, también asisten el cojuelo i don Cleofas a una academia de ingenios, en la cual el estudiante lee una divertidísima pragmática por la que han de rejirse los poetas en la que se empieza por mandar «que todos escriban con lenguas castellanas, sin introducir las de otras lenguas», i en las que el autor se ríe del gongorismo, no obstante que el mismo hace desmerecer algo su obra por el abuso de esta tendencia anti-literaria, i de alusiones que hoi, por la distancia de los hechos a que éstas se refieren, no es posible comprender ni saborear.

No puede, pues, considerarse novela picaresca esta narración, por las razones apuntadas más arri-

ba, como asimismo tampoco podría considerarse como tal la obra que en 1663 publicó Francisco Santos con el nombre de «Día i noche de Madrid, discursos de lo más notable que en él pasa», que consta de 18 discursos o capítulos, en los cuales se cuenta lo que ven Onofre i Juanillo, recorriendo las calles de la Villa i que tiene mucha analogía en la forma i fondo con el «Diablo Cojuelo». Más tarde, (1707) Lesage tradujo libremente, o mejor dicho adoptó el «Diablo Cojuelo» con el título de «Le Diable boiteux», aprovechando para su segunda parte elementos sacados de «Día i noche de Madrid». Como tendremos que tratar después de Lesage, no insistimos sobre el particular.

Antonio Enríquez Gomez (1602-1662); segoviano, hijo de un judío portugués converso, soldado i escritor, tuvo que huir de su patria i refugiarse en Francia para librarse de las persecuciones de la Inquisición; en el país de los Luises, publicó la mayoría de sus obras, siempre en castellano, i así, dió a la estampa en Rohan su obra «Siglo Pitagórico» (1644), novela moral en que, aprovechándose de la teoría de la metempsícosis o trasmigración de las almas, sigue las diversas vidas de una que concluye por encarnar en un virtuoso.

Todo esto no es sino una manera nueva e injeniosa de moralizar i de hacer una crítica de la sociedad contemporánea; una de las partes del «Siglo Pitagórico», subtitulada «Vida de don Gregorio Guadaña», no es sino una novela picaresca de corta extensión, en cuyos doce capítulos, Guadaña nos cuenta su vida i aventuras, semejantes a las de otros pícaros que hemos conocido, si bien mui

inferior en méritos comparados con las de Pablos o del Escudero Marcos.

Gregorio Guadaña, hijo de una partera i de un médico, empieza, imitando a la Pícara Justina, por hacernos una historia de su abolengo, que no desmerece del de aquélla. Llegado a los 22 años, sale de su pueblo natal, Triana, cercano a Sevilla, con intención de ir a proseguir sus estudios en Salamanca; en el camino de Sevilla a Carmona, traba amistad con un juez, que, acompañado de su escribano i alguacil, vuelven a la corte, i con los que después Guadaña había de encontrarse en estrechas relaciones, alivia la jornada la conversación de un jurisconsulto algo trastornado que se propone reformar los códigos. En Carmona, en cuya venta alojan, a la gran desesperación de los venteros a quienes no les agradaba tener la justicia en su casa, se junta a ellos otra partida de viajeros, entre los cuales viene una vieja Celestina, que a título de tía, trata de vender a Guadaña su mercancía, una hermosa muchacha del partido llamada Beatriz. En Carmona, Guadaña acompaña al juez en sus pesquisas, i, a cada momento tiene que oír los diferentes pareceres que sobre cualquier asunto emiten un filósofo, un estadista, un soldado, un letrado i un fraile (que eran los que se les habían reunido en Carmona), i, como todo se ve del color del cristal con que se mira, de comprender es cuán diversas serían sus opiniones. Frustrada una prisión que el juez intenta hacer, siguen viaje hasta una venta de Sierra Morena, donde Guadaña tiene una pendencia con el soldado por los favores de Beatriz, i donde, en la noche, los asalta i despoja una par-

tida de bandoleros que aprovechan su sueño para dejarlos en camisa. En esto coincide esta obra con el «Soldado Píndaro» cuyo protagonista, como se ha visto, es también atacado por ladrones en Sierra Morena, en circunstancias mui parecidas, i no sería de estrañar que Gómez hubiera tomado este elemento de Céspedes. Siguen el viaje hasta llegar a Madrid, donde mui luego se presenta a Guadaña uno que se dice ser su primo i que, a este título, se encarga de aliviarlo en algo del peso de la bolsa, i lo lleva a una honrada casa, albergue de varias ninfas que lo esplotan sin compasión. En serenatas frustradas i en tomar venganza de un alguacil, pasa el tiempo, hasta que por su desdicha se le ocurre festejar a una incógnita que resulta ser la mujer del mismísimo alguacil Torote, su compañero de viaje, quien descubriendo el pastel, por culpa del mismo Guadaña, que ignoraba su relación con su cortejada, da de puñaladas a su mujer; Guadaña es llevado a la cárcel, de donde sale después de algún tiempo con ayuda de su amigo el juez. Libre, sigue en aventuras nocturnas, practicando el culto del garrote i haciendo escapadas de manos de los corchetes, hasta que se ofrece ayudar al juez en algo en que a éste le iba la honra, i por lo cual, siendo cada día su amistad más estrecha, pasean juntos de noche, sufriendo una vez el asalto del alguacil Torote que había huido de la justicia i estaba a la expectativa por vengarse. El final de Guadaña es que, por no casarse con la ninfa a quien primero la había presentado su primo, que con testigos falsos quiere a la fuerza hacerle pagar un pecado ajeno i cumplir una palabra que no ha dado,

prefiere ir «a la cárcel norabuena, que más quería acabar con honra en ella, que vivir con deshonra toda mi vida».

El interés, como puede desprenderse por esta exposición de su asunto, es vulgar, no tiene ninguna novedad; las aventuras de Guadaña están modeladas por los de otros pícaros más originales. En cuanto a su lenguaje, creemos notar en sus dos primeros capítulos la influencia de la «Pícaro Justina»; tenemos así que el autor empieza por usar frases de doble sentido que le dan un barniz de obscenidad; pero, afortunadamente, desde el cap. III, la cosa cambia por completo, i el estilo se hace pasablemente ameno i ligero; no se insiste mucho ni en la descripción de las escenas, ni en la pintura de sus personajes, lo que hace que todos estos aparezcan sólo como débiles bosquejos. Hai, por lo demás, que reconocer una buena cualidad: su brevedad, i i el no apartarse demasiado del asunto principal, pues, salvo en el cap. V. no se encuentran digresiones ajenas a él.

I llegamos, por fin, a hablar de la última de las novelas picarescas, en el orden del tiempo, que, con el título de «*Vida i hechos de Estebanillo González*», apareció por primera vez en Bruselas en 1646, i sobre cuya paternidad ha habido algunas dudas, por ser atribuida a menudo, i sin mérito para ello, al autor del «Diablo Cojuelo». Hoi, de acuerdo con don Nicolás Antonio, se cree que su autor es ESTEBAN GONZÁLEZ, de quien se tienen pocas noticias; se sabe que fué bufón de Octavio Piccolomini de

Aragón, duque de Amalfi. Contribuye a hacer verosímil esta aseveración, el que se haya publicado primeramente en Bruselas, residencia de Piccolomini, que fué gobernador i capitán jeneral de los Países Bajos en tiempos de Felipe IV i a quien el autor, «hombre de buen humor», dedica su libro; nos dice que ha escrito su vida, narrando aventuras verdaderas i no finjidas coma las de «Guzmán de Alfarache». Entre los amos que Estebanillo llega a tener, el duque de Amalfi es también el principal; todo esto hace creer que en realidad su autor sea éste Esteban González.

Veamos ahora cuál es el asunto de la obra; pero de un modo bien breve, porque esta estensa novela, subdividida apenas en trece capítulos, es un continuo desfilarse de aventuras, i más aventuras nunca interrumpidas, como en otras, por la intercalación de alguna narración ajena al asunto principal, i sería fatigoso seguir al protagonista en su innumerables viajes, pues cruza varias veces la Europa.

Estebanillo, medio gallego i medio romano, o mejor dicho gallego nacido en Roma, empieza desde muchacho a ser un bribón i, espulsado de la escuela, es colocado por su padre como aprendiz de barbero; pero por librarse de un valiente a quien quemó sus apreciables bigotes, huye de Roma, cobrando de pasada una libranza de su amo, i, pasando por Pisa, llega a Siena, donde entra a servir a dos caballeros de industria que se ganan la vida con naipes i dados falsos, i a quienes luego abandona, pagándose antes él mismo su salario con un ferreruero nuevo para seguir a Liorna. En Lior-

na se embarca para Mesina, i después, al servicio de un capitán, en una de las galeras que junto con las de España i Nápoles hacían un viaje a levante en busca de corsarios turcos, sirviendo en todo el viaje de cocinero al capitán i ejerciendo también su oficio, que, al descuido, visitaba con su cucharón las ollas ajenas. En Puerto Maino es burlado por un pastor, i antes de llegar a Palermo, le notifica el capitán su separación por haber sido pillado infraganti en sus hurtos de cocina. En Palermo sirve a un secretario de casa noble a quien intenta hacer un hurto que le fracasa, por lo cual es despedido de su servicio; pero luego el cocinero del arzobispo lo recibe como «pícaro de cocina, que es punto menos que el mochillero, i punto más que mandil». Luego abandona este servicio, huyendo con un rico traje, con que lo habían vestido para que hiciera el papel de rei en cierta representación que se daba ante el arzobispo; llega a Roma, donde entra nuevamente a ser aprendiz de barbero, en el cual estado hace sufrir horriblemente a los que caen en sus manos, lo que no impide, sin embargo, que él pusiera más alto sus pensamientos, pues «estudiaba a veces en los libros de cirujía», lo que le sirve para lograr una plaza de enfermero en el Hospital de Nápoles, a donde luego huye. Como enfermero hace tan milagrosas sangrías que deja inutilizados a los pacientes, i es tan piadoso que se apodera del dinero de un moribundo, i luego se embarca para Lombardía, robándose en una aldea quince novillos, con los que él i otros compañeros dan la vuelta a Roma. Después de otros viajes por Italia, pasa a España, i llega a Barcelona

de donde se dirige a Santiago de Galicia, con intención de asistir a una romería; en este viaje se junta con otros dos tan buenas piezas como él, francés uno i jenovés el otro, en compañía de los cuales pasa una vida tunante. De Santiago, vagando de pueblo en pueblo, llega a Oporto, (Portugal), donde deja el hábito de peregrino i se hace buhonero (o falte, como decimos nosotros); pero luego se bebe todo su dinero, i, engañando como mendigo i siendo víctima de jitanos, llega, por fin, a Sevilla, donde se dedica a la venta de agua. Luego se hace charlatán i ofrece en venta polvos, jabones, etc., falsificados; pronto, sin embargo, aficionado a una compañía de cómicos entra a su servicio, servicio que luego abandona, no sin robar antes un rico traje que empeña. Entra como soldado a una compañía, i recorre como aventurero Francia e Italia, donde visita numerosas ciudades hasta que da la vuelta a España, donde en Barcelona, es condenado a la horca por haber muerto a un soldado, pena de que libra gracias al favor de un noble a cuyo conocimiento había llegado la fama de su ingenio, i donaire para los chistes. Librado de la horca, sienta plaza de soldado en un tercio que va a Lombardía; i ejerciendo el oficio de cocinero, roba los ahorros de los demás soldados; pero luego abandona el servicio, visita a Jénova i después a Milán, donde ejerce el indigno oficio de «padre de damas, defensor de criadas i amparador de pobretes», oficio a que hoi damos un nombre nada honroso. Abandona este pueblo i, como soldado, pasa a Alsacia, se encuentra en la gran batalla de Nordlingaen (1645) que nos describe desde el punto de vista de

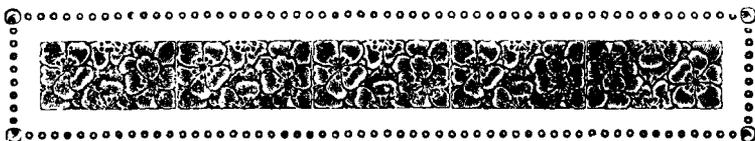
su cobardía, que lo obliga a esconderse; sigue al ejército i recorre gran parte de Flandes como cocinero ya de uno ya de otro capitán; llega a tener un duelo con otro soldado i como ambos estaban más beodos que una parra, la sangre no llega al río; luego, aprovechándose de sus conocimientos culinarios que lo han hecho conocidísimo, se hace vivandero del ejército; en cierta ocasión en que queda rezagado, es hecho prisionero por el enemigo i entonces nos declara mejor que nunca su personalidad; «Mi nombre es Estebanillo González entre los españoles, monsieur de la Alegrezza entre la nación francesa. Mi oficio es el de Buscón i mi arte el de la bufa» (cap. VII). En Namur conoce al conde Octavio Piccolomini a quien entra a servir en Bruselas, haciendo de hombre alegre, de bufón, i sirviendo también de correo, por lo que vaga de aquí para allá, por Bohemia, Hungría, etc.; se encuentra en la batalla de Thionville donde no hace mayores prodijios de valor que en Nordlinguen; ido Piccolomini de Flandes a Alemania, queda como bufón del Infante Cardenal, lo que le hace considerar su dicha, pues «como hai hombres de bien con poca dicha, hai pícaros con mucha suerte»; para agradar a este principe, dos veces arregla carros alegóricos para las carnestolendas, i, para vivir al uso, se aficiona de una mujer de «pocos años i muchas astucias» con la cual pasa no pocos disgustos; muerto el Infante Cardenal, antes de terminar el sitio de la aldea de Aire, Estebanillo se va a Viena i de ahí a Alemania, en busca de su amo Piccolomini, quien luego lo envía como correo a Polonia, donde vuelve a tiempo para encontrarse

en el desastre de Leipsic: allí ayuda a huir, antes de tiempo, a una compañía de soldados los que después saltean a ciertos vivanderos; pasa con despachos a Viena i Bruselas para volver nuevamente a Alemania, de donde va por segunda vez a Polonia; allí tiene un curioso desafío con un estudiante polaco sobre quién bebería más aguardiente, desafío que Estebanillo gana con fraudes; sigue viaje a Viena i de ahí a Italia (en seguimiento de su amo i llevando siempre cartas a potentados), donde, en Nápoles, una astuta cortesana lo utiliza como anzuelo para atraer clientes; pasa España, donde tiene algunas ridículas aventuras, i donde, en cierta aldea, toma parte en una junta literaria i compone un soneto mui oscuro de sentido, para no salir de lo corriente, porque entonces «lo que andaba válido era el gongorizar con elegancia campanuda, i que no lo entendiese el autor que lo hiciese ni los curiosos que lo leyesen» (Cap. XII). Se junta en cierta ocasión con un ridículo ingeniero en teoría, por cuya culpa tienen que huir malparados de una Aldea; en San Sebastián se embarca i una tempestad los hace tocar en un puerto inglés, donde, él, con otros compañeros, son apaleados por espre-sarse mal de la relijión anglicana; consigue después embarcarse en un buque inglés corsario i, logrando desembarcar en Dunquerque, vuelve a Flandes; i desde Bruselas pasa a establecerse a Nápoles, dejando una despedida, en verso a su amo, con lo que termina la obra.

Como puede juzgarse por el resumen, esta narración autobiográfica es por demás minuciosa i abunda en datos curiosos sobre los diversos pue-

blos de Europa que Esteban recorre sin cesar. Es indudable que habría ganado mucho la novela, suprimiendo tantos pormenores, dando mayor extensión i realce a las aventuras de carácter picaresco, que por ser tantas, aparecen apenas bosquejadas. Esto que Estebanillo sea un perpetuo andarín, hace que por fuerza el estilo sea movido i tanto que a veces fatiga: para poder seguir bien la lectura i no olvidar los continuos virajes del protagonista, se hace necesario ir trazando su ruta en un mapa. Como prueba de que la obra no carece de mérito, puede citarse el que también haya sido traducida por Le-Sage en 1734, quien la creyó digna de darla a conocer a sus compatriotas, cosa que ha redundado en provecho de la novela española, pues por ello ha llegado a ser más conocida, i ha contribuido a que le dediquen alguna atención los indolentes españoles, a quienes siempre ha sido necesario que los extranjeros les muestren sus obras de mérito para que lleguen a apreciarlas.





CAPITULO XI i ULTIMO

APÉNDICE

Una novela picaresca española escrita por un francés. — a) Le-Sage i su preparación hispánica. — b) Asunto del «Jil Blas».—c) Oriñalidad de Le-Sage.

a) A la pluma del escritor francés ALANO RENATO LE-SAGE, nacido en Sarzeau en 1668 i muerto en Boulogne-sur-Mer en 1747, se debe la novela «Jil Blas de Santillana» que, por las razones que luego espondremos, hemos creído indispensable incluir en este trabajito sobre la novela picaresca española.

Pocos escritores extranjeros podían emprender con mayores probabilidades de éxito la ardua tarea de escribir sobre las costumbres españolas, pues habiéndose propuesto Le-Sage dar a conocer la li-

teratura española en Francia, i, ocupado, por lo tanto, durante muchos años en traducir i adoptar obras castellanas, su espíritu llegó a asimilarse con tanta facilidad a las obras que eran el objeto de su predilección, que cuando emprendió la publicación del «Jil Blas», puede decirse, sin temor de exajerar, que su carácter se había identificado con el carácter español. Iniciado en el gusto por el cultivo de las letras españolas por su protector i amigo, el abate Julio de Lyonne, Le-Sage dió a la publicidad en 1700 un volumen con el nombre de «Teatro español» en que se proponía hacer conocer a sus compatriotas las principales obras de los dramáticos peninsulares i en que se incluyen: «*Le traître puni*» i «*Don Felix de Mendoce*» traducciones de: «La traición busca el castigo» de Rojas Zorrilla i de «Guardar i guardarse» de Lope, respectivamente. Dos años más tarde, hacía representar «*Le point d'honneur*» traducción de «No hai amigo para amigo» (Rojas), obra que mucho después, en 1725, reformó, pasando así de simple traducción a ser una adaptación más o menos libre. En 1707 tradujo, aunque no siguiendo el testo con toda fidelidad, el Quijote del supuesto Avellaneda, i, en 1707 adoptó tres obras españolas: «Peor está que estaba», que se representó como «D. César Ursin», «Los empeños del mentir» (Hurtado de Mendoza) que le dió el tema para su «*Crispín rival de son maître*» i, por último, como ya se ha visto, «El Diablo Cojuelo», que publicó con el título de «*Le Diable boiteux*» i en que, imitando sólo el plan de Vélez de Guevara, i «bajo el velo de que los sucesos narrados i las conversaciones que se refieren, pasan en ciudades del

reino de España, el novelista se toma toda suerte de excesivas libertades para introducir en acción personas, dichos i hechos demasiado transparentes de la sociedad francesa de su tiempo» (E. Nerca-seau i Morán, Discurso de incorporación a la Academia Chilena).

Preparado así, con las traducciones i adaptaciones que había hecho, i con la lectura de las novelas picarescas, Le Sage publicó en 1715 los dos primeros volúmenes de «Jil Blas», obra de que no publicó el tercero sino en 1724 i el último en 1735, habiendo publicado en el tiempo transcurrido entre el tercero i cuarto volumen otras obras: «Las aventuras de Guzmán de Alfarache» (1752), imitación de la obra de Alemán, i «Estebanillo González, surnommé garçon de bonne humeur» (1733).

«Jil Blas», novela picaresca que como todas las de este género es de una moral fácil, tiene el mérito de ser la primera novela realista, cronológica-mente hablando, de la literatura francesa.

b). Tocante al asunto mismo de esta estensa novela dividida en doce libros con un total de 133 capítulos, diremos sólo lo esencial, para dedicar mayor espacio a lo que se refiere a la orijinalidad del autor que se ha prestado a muchos comentarios.

Jil Blas, hijo de un pobre escudero, vive en Oviedo bajo el amparo de un tío sacerdote que cuida de su educación, i en esto tiene algo de parecido con los principios de Estebanillo González; a los 17 años lo envía su tío a Salamanca; en el ca-

mino, en Peñafior, se burla de él un vividor que halaga su vanidad, consiguiendo así hacerlo gastar mucho; sigue después el camino en compañía de un arriero, que para quedar a solas con una recién casada que va con ellos, asusta con la justicia a Jil i otros jóvenes que huyen campo atravesado: estos dos sucesos, como se recordará, son exactamente los mismos que ocurren a Marcos de Obregón en idéntico viaje. Eso sí que Jil es más desgraciado que Marcos, porque en su huída llega a un bosque donde una partida de bandoleros, al mando de su capitán Rolando, lo hacen prisionero, lo llevan a la cueva en que viven, lo obligan a servir de correo, i, por fin, después de fracasada una tentativa de huída, Jil, para preparar el terreno, contra su voluntad, los acompaña en sus correrías, granjeándose así la confianza de los ladrones. Pero en cierta ocasión en que los ladrones se hallan ausentes, Jil logra escapar, librando también de la prisión a una noble señora, a quien conduce hasta Burgos, pueblo en cuya cárcel tiene que quedar en tanto se esclarece la veracidad de su historia, lo que al fin se consigue. Libre, vasa a Burgos donde doña Mencia, recompensa largamente a Jil Blas el servicio recibido; pero en esta ocasión, como Marcos en Italia, Santillana es despojado en Valladolid de todo su dinero por la astucia de una mujer libre, acompañada de dos bribones. Viéndose en la pobreza, decide entrar al servicio de un licenciado, el canónigo Cedillo, que muere mui luego debido a los solícitos cuidados del doctor Sagredo, que, sólo por su nombre, nos recuerda al médico Sagredo del «Escudero». Muerto el canónigo, Jil

Blas entró como ayudante de este mismo doctor Sangredo, bajo cuya dirección empieza a ejercer la medicina, hasta que, aburrido de despachar gente de este mundo, decide irse a Madrid; en el camino se acompaña de un barberillo, quien le cuenta su historia, tomada también de un episodio del «Escudero»: este barberillo resulta ser el joven de quien se había enamorado la mujer del doctor Sangredo, a quien Marcos evita caer en el deshonor.

En Madrid, Jil Blas sirve a un escéntrico i después a un elegante, en cuyo servicio logra conocer los vicios de la aristocracia, frecuenta casas de comediantas, adonde los señoritos acuden; muerto en un duelo su amo, Jil entra al servicio de una de esas comediantas i lleva por algún tiempo una vida de estragadas costumbres, hasta que, arrepentido, deja esa vida i entra al servicio de un caballero, a cuya hija, muerto aquél, acompaña a Salamanca, en una aventura de amor. En el camino que hacen a Salamanca, se intercala la novelita «El casamiento por vengarse», que ocupa el capítulo IV i V. Para abreviar, sigue Jil Blas recorriendo tierras, cambiando de amos, viéndose obligado a coligarse con ladrones (entre los cuales uno, don Rafael cuenta a Jil i a un caballero con quien el acaso lo había juntado, su historia que ocupa casi todo el V, i en la cual, mutas mutandi, se aprovechan varios pasajes del Escudero v. gr. la aventura amorosa de Marcos en Arjel), manteniendo ridículos amores, etc., etc., que en Granada, debido a su ingenio i buenas letras, logra llegar a ser el secretario privado del arzobispo, quien concluye por separarlo de su lado por

haberse atrevido a espresar con sinceridad su opinión sobre una de las homilias del arzobispo, que se le pedía. Desilusionado, vuelve a Madrid donde logra entrar al servicio de una casa noble; poco después, dando un gran batatazo, como diríamos nosotros, llega a ser el secretario de confianza del duque de Lerma, privado del rei: es en este puesto donde Jil Blas adquiere una representación de noble, i en el que sus costumbres se relajan completamente al conocer íntimamente el engranaje de esa corte corrompida donde empleos i dignidades, todo, se vende al mejor postor.

Pero la gloria no es duradera, i mui pronto, por haberse mezclado en una intriga cortesana, se le lleva a la torre de Segovia, lugar que en aquel entonces servía de cárcel a los reos políticos. Salido de esta prisión, se refugia en una Quinta cercana a Valencia, quinta que le había sido obsequiada; pronto contrae matrimonio i en compañía de su esposa, piensa llevar una vida tranquila; pero sus proyectos se ven desbaratados por la temprana muerte de su compañera, lo que lo hace abandonar sus primeros pensamientos i volver a la Corte, donde habían ocurrido algunos cambios. En efecto, se sentaba en el trono otro soberano, hecho que había traído la caída del duque de Lerma, quien había sido reemplazado en la privanza real, por el famoso conde-duque de Olivares. Como secretario del conde-duque, Jil Blas llega a tener mayor representación que antes; pero intrigas cortesanas acaban con el poder de Olivares i Jil Blas se retira para siempre, a su quinta de Liria, donde vuelve a casarse.

Este es, sucintamente, el asunto de esta larga novela: tócanos decir a continuación algo sobre la orijinalidad de Le-Sage, i ver qué hai de verdad en lo que se ha dicho respecto a que no es sino un plajiaro.

«Jil Blas de Santillana» fué traducido al español por el ingenioso autor de la «Historia de frai Jerundio de Campaza, alias Zote», *el padre Francisco de Isla* (1703-1781). Esta traducción apareció postuma (1783) i con el anagrama de Isla, Joaquin Federico Is-salps. Isla creyó que con esta traducción no hacía sino restituir el libro «a su patria, i a su lengua nativa» i afirmó que las aventuras de Jil Blas habían sido robadas a España: tal es la realidad con que está pintado el ambiente español en esta jenial obra. Los viajes de Jil Blas pueden seguirse paso a paso en un mapa: Le-Sage pinta tan a lo vivo escenas i costumbres de las diferentes provincias, que se ha llegado a creer que haya visitado España, si bien es cierto que nada se ha probado al respecto.

Esta teoría literaria que cree que la obra francesa no sería sino una traducción de un primitivo orijinal español perdido, ha nacido del hecho de que Le-Sage, utiliza un buen número de episodios del «Escudero Marcos»; además se encuentran en toda la obra reminiscencias de «El Lazarillo», de «Guzmán de Alfarache»; de «El soldado Píndaro» de las novelas de Solórzano i de otras obras no picarescas: el carácter de este trabajito en que hemos agrega-

do este breve estudio sobre «Jil Blas» sólo como un complemento i como un dato ilustrativo, nos impide comparar una a una las aventuras de «Jil Blas» con las de otros héroes picarescos, cosa que por sí sola es susceptible de un estenso desarrollo.

En honor a los españoles, hai que decir que esta creencia no tuvo su origen en España sino en la misma Francia: fué Voltaire el primero que la divulgó en la segunda edición de su obra «*Le siecle de Louis XIV*», en la parte correspondiente a los escritores, en la que refiriéndose a Le-Sage, dice, «Son roman de «Gil Bas» est demeure, parce qu'il y a du naturel; il est entièrement pris du roman espagnol intitulé: «La vida del escudero don Marcos de Obregón» (*Le siecle de Louis XIV*, página 151 en la colección de las «*Oeuvres de Voltaire*», editada por Beuchot, París, 1830).

Esta opinión fué combatida por François de Neufchateau en su «Examen de la question de savoir si Le-Sage es l'auteur de Jil Blas, au s'il pris del espagnol», i más tarde por los críticos alemanes Ast i Francesson que en 1857 demostraron la originalidad fundamental de Le-Sage. A su vez Lintilhac, para acallar toda duda sobre el asunto, demuestra («*Le-Sage*», París, 1895) cuales son las fuentes históricas de esta obra, que, según él, son las tres siguientes:

«Disgracia del conte d'Olivares» (Andrés Felibien, París 1650), «Anecdotes de comte-duc d'Olivares tirées et traduites de l'italien du Mercury-Liry» (Valdory, París, 1722) i *Histoire du comte-duc avec des reflexions politiques et curieuses* (Colonia, 1683).

Tales son los hechos que deciden el asunto en favor de Le-Sage i que nos obligan a reconocer su orijinalidad: él, aprovechándose del conocimiento que tenía de tantas novelas españolas, imaginó un nuevo plan, una trama completamente orijinal en que, sacando a su héroe de una baja esfera social, lo hace ocupar los más altos puestos de la vida cortesana que no habían hecho los autores españoles; su obra había de ser explotada más tarde por Víctor Hugo en el drama que lleva el mismo nombre.

GMO. ROJAS CARRASCO.





BIBLIOGRAFIA

Fuera del estudio de todas las novelas analizadas en este trabajito, han sido consultadas las siguientes obras.

Ernesto Merimée.—Historia de la Literatura Española.

Fitz-Maurice Kelly.—Historia de la Literatura Española.

Anjel Salcedo i Ruiz.—Estudio histórico crítico de la Literatura Española.

M. Menéndez i Pelayo.—Orijen de la novela española.

Biblioteca de escritores españoles, editada por Rivadeneira.

Los bosquejos históricos sobre la novela española que preceden a los tomos III, XVIII i XXXIII. por don Eustaquio Fernández de Navarrete i por don Cayetano Rossel.

Enrique Nercasseau i Morán.—Discurso de incorporación a la Academia Chilena

F. de Haun.—Pícaros i ganapanes (Estudios de erudición española, Homenaje a Menéndez i Pelayo, Madrid 1898).

Julio Cejador i Frauca.—«El Lazarillo de Tormes», edición comentada i anotada, 1914.

Santiago, 16 de Febrero de 1918.

